



LA NOVELA DEL DÍA

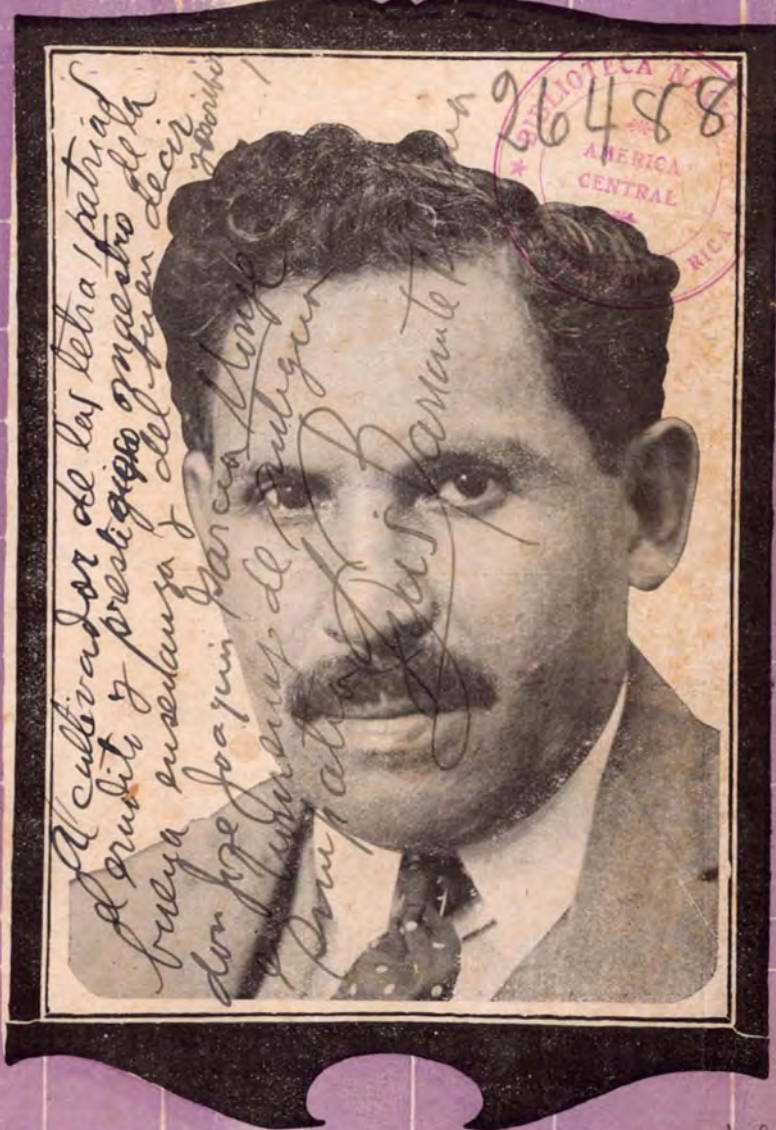
213/219

Año IV

Núm. 213

Primera Parte

LA DE MAYOR
CIRCULACION



*Al cultivador de las letras, patria
de erudite y prestigio maestro de la
buena enseñanza y del buen decir
don Pepe Joaquín García Monge
y fundador de la Universidad
de Costa Rica Luis Barrantes Molina*

PRÓXIMAMENTE
Los Oberlé
o El último sacrificio
Por
RENÉ BAZIN

“AMOR SUBLIME”

Por Luis Barrantes Molina

Precio 0.10 cts

"LA NOVELA DEL DIA"

Oficinas: Sarmiento 366.—U. T. 1260, Riv.

APARECE LOS VIERNES

CON UNA OBRA DE PALPITANTE INTERES DE LOS MEJORES AUTORES
LATINO-AMERICANOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION
República Argentina

Edición Rústica:		Edición de Lujo:	
Per un año.	\$ 5.—	Per un año.	\$ 10.—
Per un semestre. 2.50	Per un semestre. 5.—
Números sueltos. 0.10	Números sueltos. 0.20

Exterior:

Per un año.	\$ ars 4.—	Per un año.	\$ ars 8.—
Per un semestre. 2.—	Per un semestre. 4.—

Agentes exclusivos para la
venta en la Cap. Federal

Marchesano Hnos. Anehorena 1230

A LOS COLABORADORES:

No se sostiene correspondencia sobre originales. No se abonan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección. Los originales enviados, deben venir con el nombre y la dirección del autor, en letra clara.

PROXIMAMENTE

"EL MILAGRO de las ROSAS"

Por Rosalba Aliaga Sarmiento

Novela exquisita que causará sensación y su autora
quedará en primera línea entre nuestras escritoras.

Precio del volumen \$ 2.50

AMOR SUBLIME

por

LUIS BARRANTES MOLINA

PRIMERA PARTE



Aquella vez tres hombres silenciosos descendieron al valle donde el torrente Cedron extiende con más amplitud el caudal sangriento de sus aguas.

El que los dirigía saltó con agilidad juvenil sobre las rocas, abrió un matorral, espantando los cuervos, encendió una antorcha de resina, y se hundió en un subterráneo calcáreo cuya abertura ocultaban las zarzas.

—¡Por las úlceras de Job! ¿Adónde nos llevas? — exclamó el más viejo alzando su túnica para defenderla de las espinas.

—Yo no entro — gritó deteniéndose su robusto y mofletudo compañero — ¿Me has tomado por una cabra? No, hombre; esto es demasiado.

Sin contestarle el joven conductor le dió la mano y con prodigiosa fuerza lo levantó en vilo sobre el pretil.

—¡Qué obscuridad! ¡esta es la boca del limbo! — exclamó el mismo viejo cuando estuvo adentro, mientras se enjugaba con los pliegues de su capa su faz, abultada y sudorosa.

El silencioso y esbelto guía golpeó con su daga la pared sonora que retumbó con detonaciones de trueno. Pocos momentos después se oyeron ecos semejantes que emergían de aquella cóncava profundidad. Eran los pasos de un hombre que preguntó de lejos:

—¿Quién es?

—Ben Gioras — contestó el joven.

Y avanzó con sus compañeros a lo largo del sótano a cuyos lados yacían hombres al parecer dormidos, de facciones curtidas por

el sol, con corazas de cuero y largos puñales livieos en la cintura. Llegaron a una caverna circular, dulcemente iluminada por la luz rubia de la tarde que caía de una rendija.

—Debe ser muy grave lo que tienes que decirnos cuando nos has traído por estos endemoniados sitios — dijo el viejo ventruído sentándose pesadamente sobre un taburete de Fresno.

—Sí, por cierto — contestó el joven. Y al decir eso se desabrochó la túnica dejando descubiertos sus brazos, recios y blancos, ceñidos de brazaletes. Luego se sentó, cruzó las piernas abrigadas con botas de piel de hiena, y puso su corvo puñal sobre la mesa.

—Habla, pues — dijo el viejo de semblante pálido abriendo sus flacas manos de usurero — a ver, cuál es ese famoso negocio por el que nos has hecho hacer tan penoso camino.

—Merecían que no les dijera nada — observó Ben-Gioras simulando enojo, — ya esperaba yo esas quejas impertinentes.

—Y ¿por qué nos has buscado? — preguntó el flaco.

—Porque nadie os iguala en talento para el fraude; sois los mejores estafadores de Judea.

Los usureros se inclinaron sonriendo y cerrando los ojos, como halagados por una lisonja. Luego alzando el más viejo su semblante seco y amarillo preguntó:

—¿Y a cuánto asciende la ganancia?

—A muchos millones, amigo Assur.

—Já já. Eso es una broma.

—No nos vengas con cuentos — dijo el otro viejo palideciendo de codicia, mientras apartaba de su rugosa frente un mechón de erizados cabellos.

“Los Oberlé” o “El Último Sacrificio”

por RENE BAZIN

Esta hermosa obra publicará “La Novela del Día” los días:

21, 22, 24, 25 y 27 de Abril.

—No es broma, amigos, es la pura verdad. Yo hablo siempre en serio de estas cosas. No os habría traído hasta aquí para bromear. Os juro por Abraham que nunca se os ha presentado un negocio más espléndido. Llegaremos a ser riquísimos, os lo juro.

—Suprime los preámbulos — dijo Assur con ironía — y vamos al grano.

—Escuchas bien—dijo el joven con pausado y enfático tono. — Todos saben que Herodes Agripa necesita mucho oro para agenciar la corona de Israel; porque él ha derrochado su caudal y en Roma todos los puestos se venden al mejor postor.

—¡Bah! — exclamó Assur desalentado. — ¿Y esa es la noticia que nos cuentas? Sin duda no sabes que yo fui protegido por su abuelo Herodes y fui gran amigo de su padre Aristóbulo.

—Todo eso lo sabía; y más de lo que me dices — dijo el joven; — sé que tú lo librabste del suicidio logrando interesar a su hermana Herodías para que lo protegiera su tío Antipas y también estoy enterado de que por medio del mismo Antipas, Agripa fué nombrado edil de Tiberiades. ¿No es así?

—Es la pura verdad — exclamó el viejo dilatando los párpados por el asombro. — ¿Cómo diablos has descubierto esos secretos de familia?

—Tengo medios para saber eso y mucho más; soy más pájaro de lo que vosotros pensáis.

—¿Y qué quieres que hagamos con Agripa? — interrogó el flaco.

—Ayudarle a conquistar el trono.

—¿De Judea?

—Claro está.

—¡Valiente empresa! No lo conseguirá nunca.

—¿Acaso no lo crees capaz?

—Por lo ambicioso, astuto y sin escrúpulos es, ciertamente, muy capaz de eso, hasta de ser emperador romano. Lo que son agallas no le faltan. Es mozo de talento y tiene buena presencia; pero lo que lo pierde son sus vicios. Todas sus riquezas y las de sus amigos y parientes las derrocha en esas barbaridades que los romanos llaman orgías. Yo mismo le he prestado dinero con la esperanza de reembolsarme con creces cuando él subiera al trono; pero ya estoy desengañado. Créeme, no llegará nunca a ser rey.

—Estás en un error, amigo Assur — replicó el joven. — Veo que no conoces a tu antiguo discípulo.

—¿Cómo! ¿ha cambiado? Sería un verdadero milagro.

—Sigue siendo vicioso y derrochador, pero lo hace solamente por cálculo; obra así para conquistarse amigos. Tú sabes que los gobernadores de las provincias romanas y todos los angustales influyentes en Roma son aficionados a la crápula y por lo mismo no simpatizan con las personas virtuosas. Por sus vicios se hizo Agripa amantísimo de Druso, el hijo de Tiberio, y por ellos ha vuelto a gozar de la intimidad del César.

—¿Cómo? ¿Se ha reconquistado el favor del Emperador? — preguntó el obeso Ascalón, acariciando sus ásperas barbas de beduino. — ¿y cómo ha sido eso?

—Sencillamente; porque Tiberio se ha convencido de que Druso no murió, como se creía, a consecuencia de los excesos de orgía a que se entregaba sino que fué envenenado por Sejano.

—¡Ah! ¿Y de cuándo acá ha sucedido todo eso?

—Hace más de cinco semanas. Ahora el viejo emperador se consuela de la muerte de su hijo favoreciendo a los que fueron amigos de aquel infeliz príncipe. Por eso Agripa ha sido invitado para volver a Roma, donde se dispone de nuevo a trabajar por la corona de Israel.

—Eres realmente sagaz; no se te esconden ni los secretos de la política romana — confesó con admiración Assur.

—Me alegro que lo reconozcas para que confíes en mí — dijo Ben Gioras levantándose — ¿pero no sentis calor?

—¡Insoportable! ¡Uff! y también muy mal olor — exclamó Ascalón soplandose el rostro con su propio aliento.

—El mal olor es atributo exclusivo de la vejez — explicó el joven — y por eso el bondadoso Jehová les quita a los ancianos el olfato; sin embargo, para que dejes esa aprehensión voy a abrir otra rendija a fin de que se establezca la corriente de aire.

Diciendo eso el joven separó una piedra resguardada por fuertes barrotes de hierro, dejando entrar una bocanada de aire puro, deliciosamente fresco y perfumado. Era ráfagas oxigenadas que habían recogido penetrantes fragancias en los valles del Líbano, en las arboledas de Cades, y en las floridas huertas de Galaad. No había temor de ser escuchados. Nadie podía descender hasta aquella hondonada de piedra tajada en la roca y cubierta de hisopos silvestres sobre los cuales revoloteaba una águila trazando parábolas y dando graznidos.

—Vamos al asunto, — observó Ascalón. — ¿cómo propones que ayudemos a Agripa?

—Prestandole dinero para que compre el trono.

—¿Prestar yo a ese bribón? ¡Nunca! ¡Vaya una propuesta! ¿Y en eso consiste tu sagacidad?

—Es una de las partes esenciales de mi plan, — contestó Ben Gioras con tranquila firmeza.

—No, no, ni por broma nos propongas eso. Un libertino, como es él con el corazón estragado por los vicios, no nos tendrá ningún agradecimiento. No siendo aún rey, se podría abrigar esperanza de que nos pagara; pero si esperamos a que lo sea, perderemos infaliblemente el dinero.

—Además — observó Assur, — no tenemos suficiente dinero para que pueda comprar el trono.

—Tienes razón — afirmó el joven, — pero el préstamo que le hagamos — porque yo también se lo haré aunque no tengo nada, — será de tal naturaleza, que quedaremos espléndidamente pagados con el sólo hecho de que él acepte nuestro dinero.

—Pues no te entiendo una palabra.

—Ni yo tampoco — repitió Ascalón desatándose las correas que ceñían su cintura para dejar libre su ancho vientre borreguil.

—Comprendo que no entiendan — dijo el joven, — porque mi plan es extraño; pero de un éxito seguro. Se trata de hacer un espléndido robo y prestarle una parte a Agripa para que compre el trono. De ese modo cuando él sea rey y sepa el origen del dinero que le prestamos, no se atreverá a perseguirnos.

—A ver, a ver; ¿por qué no nos perseguirá?

—Porque se haría impopular cuando se supiera que había comprado el trono con dinero robado.

—No lo creas — dijo Assur, — nuestro pueblo conocía los robos de Herodes, y eso no lo desacreditaba ante él.

—Es cierto, pero no eran robos sacrílegos; eso es lo único que no toleramos los judíos.

—Y ¿nosotros tenemos que hacer un robo sacrílego? — preguntó Ascalón con espanto.

—Sí, robaremos el tesoro del templo.

—¡Un robo en el templo! — exclamó el gordo abriendo su desdentada boca.

—Sí, ¿te asombra eso? ¿Te parece raro?

—A cualquiera se le ocurre exponerse a la muerte. No creas que el gobierno ni el pueblo dejarían semejante delito sin castigo. Los ladrones serían descubiertos aunque se metieran debajo de la tierra.

—Por eso hay que interesar al futuro rey en el robo; de ese modo él procurará evitar que los autores fueran descubiertos,

porque el pueblo se rebelaría contra el rey si lo creyera comprometido.

—¿Quieres hacernos creer que Agripa sería cómplice de esa profanación? No nos creas tan bobos. Por canalla que él sea no hará tal sacrilegio.

—Agripa aceptará como prestamo el tesoro sin saber de donde procede — afirmó el joven.

—Vamos; eso es otra cosa.

—¿Y dónde está el tesoro? — preguntó Assur.

—En la sala de los ornamentos; no son monedas, sino las mismas vestiduras sacerdotales.

—Eres el mismo demonio para olfatear tesoros; parece que lo traigas de herencia.

—Quizá sea por eso. Ya veís que no os engañaba cuando os hablaba de millones.

—Si que los valen — dijo Assur con los ojos húmedos de codicia, — y son mejores en piedras que en oro porque son más portátiles, de modo que pueden ser más fácilmente sustraídos del templo.

—Cierto es — objetó Ascalón, — pero es un proyecto irrealizable. ¿Quién se mete al santuario? Allí solamente entra Caifás, el Pontífice.

—En efecto, él es el único que tiene la llave — confirmó Ben Gioras.

—¿Habrás, pues, que robárselas?

—No bastaría eso. Porque, ¿cómo sacarlo sin llamar la atención? Las piedras están fuertemente adheridas a las telas que forman un bulto voluminoso. Sólo el Pontífice entra y sale de la sala de los ornamentos.

—¡Psh! entonces no veo el modo de realizar tu plan, porque el Pontífice no ha de querer sacar las joyas.

—Ahora verás cómo si puede; escuchadme.

Luego el joven habló largamente exponiendo su plan.

—No está mal pensado — dijo Assur, — pero debes realizarlo, tú solo; porque nosotros somos viejos y poco podremos ayudarle.

—Vaya si lo realizo yo solo; y estoy segurísimo del éxito, pero con la condición de que yo pueda obrar en esta misma semana, antes que pase la efervescencia popular. Sabréis que el pueblo está excitadísimo por las brutalidades y expoliaciones de Pilatos y que intenta asaltar su palacio.

—Algo de eso he oído — dijo Assur, — pero veo que todo está tranquilo.

—Es una quietud aparente. Yo estoy metido también en eso. La rebelión está bien organizada y Caifás mismo nos ayuda con su dinero.

—El pueblo no tiene armas y saldrá derrotado.

—Eso no nos importa. Mejor dicho, nos conviene. Debéis saber que yo aprovecho esta insurrección como un medio para poder realizar nuestro gran robo. Yo no soy patriota. Poco me importa la tiranía del gobernador.

—Pues yo — dijo Assur, — aunque peccador, me alegraría de que Pilatos fuera derrotado y depuesto. A mi tampoco me gusta que se profane el tesoro sagrado gastándolo en proveer a la ciudad de agua.

—¿Por qué?

—Porque es un sacrilegio.

—¡Valgáme Dios! ¿y te asustas por eso? Entonces te causará más escrúpulos que nosotros robemos los ornamentos del altar.

—Es verdad; no somos consecuentes; pero ¿qué quieres? Al menos nosotros somos judíos, mientras que Pilatos es un gentil. Pero yo manifestaba un simple desco. No tengo ningún empeño en que triunfe la rebelión.

—Ni yo — repitió Ascalón, que hablaba siempre como si fuera un eco de su amigo.

—Así, pues, ¿me ayudaréis con vuestras recomendaciones y con unas pocas monedas? — preguntó el joven con alguna ansiedad.

—Siendo pocas, ahora mismo.

—Eso es, cuanto antes mejor; pues tengo que interesar a Caifás antes de que la revolución estalle.

—¿Cuánto necesitas?

—Mil dracmas cada uno.

—¡Demonio! — gritó Assur alzando las manos apartadas, como si rechazara una lanzada enemiga.

—¿Qué has dicho? — preguntó Ascalón con aire asustado, frunciendo las cejas y estirando el labio inferior.

—No os espantéis así, mis queridos viejos, son dos mil dracmas entre los dos; nada más; una pequeñez para vosotros.

—¿Y para qué tanto dinero? — preguntó con voz airada el más anciano.

—Para vestirme bien, a fin de inspirar confianza a Anas y a Agripa cuando me presente a ellos con vuestras recomendaciones. ¿Qué es ese gasto cuando se trata de adquirir muchos millones?

—Sea, pues; por mi parte mañana tendrás los mil dracmas que yo aporto — dijo Assur, dando un suspiro de pesadumbre.

—Y los míos también, — agregó su compañero con voz quejumbrosa.

—Sigueron conversando hasta ponerse completamente de acuerdo.

—Y ahora — dijo el joven levantándose al terminar el conciliábulo, — juremos por Abraham que quien revele este secreto pagará con la muerte su traición.

—Lo juramos, — contestaron todos a un tiempo, echando con energía la cabeza hacia atrás y extendiendo rígida y horizontalmente el brazo hacia el Norte donde les quedaba el templo.

—Y ahora, a nuestras casas—dijo alegremente el anciano gordo, — esta noche dormiré como una bestia; porque estoy fatigado por ese infernal camino.

Y los viejos regresaron por el túnel, desapareciendo por la boca de aquella guarida de bandoleros; mientras el jefe de éstos, volvía a la caverna, para asomarse a la rendija, y contemplar el crepúsculo maravillosamente bello, del diáfano cielo de Palestina. Ocurría esto unos seis años después de haberse perpetrado el asesinato jurídico contra Jesús de Nazaret.

CAPITULO II

A la claridad difusa, con tonalidades de púrpura, que arrojaba el ocaso, se destacaba en aquella lúgubre soledad la gallarda figura del joven Ben Giora. No sólo era esbulto como Dimas, sino también corpulento como un galo de la casta guerrera. Tenía el torso ancho y recio, el pecho saliente, la estatura elevada, el perfil correcto. Si el destino había sido cruel con él, dándole un nacimiento vergonzoso, en cambio la naturaleza se había mostrado pródiga. Ni aún los ciegos habrían podido odiarlo; pues su voz misma era de una atrayente dulzura que aumentaba el fraude de su personalidad. En nadie como en él se disfrazó mejor la deformidad de un alma. La suya, en efecto, era extraordinariamente maligna, aún en aquellos envilecidos tiempos de universal corrupción. Sin duda, había sufrido profundas miserias, explotaciones; pero ellas no eran la causa sino el pretexto y el estímulo para su malevolencia nativa. Vino al mundo con un gran caudal de malicia encerrada en un cuerpo perfecto como el veneno que ocultan las flores del Ganges en sus bellas y pérfidas corolas. Hasta cuando era feliz, en la edad inocente de la infancia, se divertía destruyendo nidos de pájaros, talando huertas y sembrando todo el estrago que estaba a su alcance. Las vicisitudes posteriores de su vida infantil, las crueles envidias de sus compañeros de circo habían abierto en su alma orgullosa y sensible, como la de todo hebreo, una honda llaga de rencor que nunca debía cicatrizarse.

Tales eran los sombríos recuerdos que el gentil mancebo evocaba sobre su vida.

mientras que, absorto, contemplaba la fuga de rosados matices en que se disolvía la dulce luz del occidente. En aquel momento lo distrajo de sus meditaciones la presencia de un negro asiático de edad ambigua, y brillantes ojos, que acababa de entrar sigilosamente en el subterráneo.

—A tiempo llegas — le dijo el joven visiblemente satisfecho. — Corre al peñasco de las palmeras. Por allí deben ir dos viejos. Ofréceles tu compañía de mi parte. Fíjate bien en sus fisonomías.

El negro salió con la rapidez silenciosa de una víbora, limpiándose el rostro reseado por el sol como un cuero. Cuando quedó solo, el joven Ben-Giomas rizó su cabellera, se impregnó de penetrantes aromas de Cades, y salió de su guarida, por un sendero distinto del que tomaron los viejos. Saltando los barrancos con su agilidad de acróbata, a los pocos pasos estaba en la cumbre del Cedrón. Desde allí, contempló sus amadas montañas, los bosques, de olivos, higueras y nogales, que tantas veces recordara con nostalgia en Grecia y en Roma. Era la hora poética del sol poniente en que las admirables perspectivas de Jerusalem, toman el aspecto de un mundo fantástico. A los pocos minutos descubrió entre el follaje metálico de las palmeras, los conos dorados de los palacios de la ciudad santa, entre los que se destacaban el sombrío cubo de la torre Antonia y la soberbia mole del templo. Los vendedores ambulantes regresaban del mercado con sus camellos y borricos cargados de frutas. Las mujeres lo miraban sorprendidas y se turbaban al saludarlo. Una sin poder contenerse exclamó:

—¿Han visto? ¡Qué buen mozo!

Y él se sonrió satisfecho, aunque no sorprendido; pues estaba habituado en Siria y en Roma a oír tales alabanzas. Sabía que llevaba un tesoro en su cuerpo y con él y su audacia se proponía surgir a una altura indefinida. Solamente por eso se mantenía casto a fin de conservar aquella exuberancia física que todos le envidiaban.

Cuando llegó al palacio de Cipro—este era el nombre de la esposa de Agripa,—detúvose el joven. Enjugóse el rostro, se terció el manto con gallardía y golpeó en el pórtico con su puñal. El esclavo, que debía esperarlo, abrió la puerta y lo condujo a través de las galerías iluminadas por candelabros de siete brazos y de luces azules que contrastaban con la palidez del follaje en el jardín exterior.

—Las señoras están en la terraza—explicó el esclavo retirándose.

En efecto, dos mujeres sin velo se dirigían hacia él con el rostro anegado en sonrisa.

—Bienvenido seas—le dijeron a un tiempo, con igual expresión de ternura.

—Que la bendición de Elias reine en esta casa — exclamó él, tendiendo los brazos con donosa cortesía y enfocándolas con sus brillantes y fascinadoras pupilas.

—Te esperábamos ansiosas—dijo Cipro, haciéndolo sentar en un diván con incrustaciones de nácar—y hemos hecho traer para ti, granadas de Cálceda y uvas de Gaza.

En efecto, las frutas se veían en una bandeja de plata sobre una mesa de ébano. Un lampadario apagado alzaba en la atmósfera clara sus encajes y rosas de bronce. En un ángulo de la terraza estaban recogidos los mástiles sobre los que tendía el toldo de púrpura en las tardes de sol. Suave alfombra de Naxos cubría el pavimento y en un plato etrusco ardía el incienso perfumado.

—Gracias—dijo el joven—sois la bondad misma para conmigo desde aquel día que me visteis en el Gimnasio.

—Ah, ¿recuerdas?—dijo Cipro sonriendo. —¡Hace apenas dos años de eso y cómo has cambiado! Entouces eras un adolescente y ahora pareces todo un hombre. No te caería mal la toga de un cónsul.

—Sois vos, señora, quien me ha principiado a elevar y no dudo que me hagáis llegar a ser cónsul.

—¡Oh! si pudiera—dijo la dama sonriendo con bondad y coquetería.

Era una mujer de cincuenta años, de líneas finas, cuya frescura conservaba con los secretos del tocador. Llevaba el cabello empolvado de azul a la usanza siria y grandes bellotas de esmeralda enredadas en los rizos. Vestía túnica de felpa y sus finas sandalias se prendían sobre el empeine con dos enormes zafiros. De pronto se levantó diciendo:

—Ah, olvidaba el laud.

Y se alejó en busca del dulce instrumento. Apenas desapareció, se acercó a Bena-Giomas la otra dama hermana de Agripa. Ella le tendió con vehemencia sus manos gráciles y él la besó rápida y gentilmente los dedos con expresión de satisfacción profunda. Era muy bella, a pesar de su palidez y vestía con sencilla elegancia, sin más lujo que unas tirillas azules en el cabello y un cinturón de tisú con encaje de oro. Llamábase Berenice.

—¿Por qué has tardado tanto?—preguntó al aventurero la joven con acento de reproche y con tal emoción que se veía levantarse su seno bajo el peplo de lino.

—Tú sabes ya, dueña mía, que tengo muchas ocupaciones. Pero no perdamos tiempo, tengo que decirte algo muy grave antes de que vuelva Cipro.

—Ah, ¿Tú también lo has notado?

—¿Qué?

—Que a ella le sienta mal que me hables.

—Sí; pero oyeme bien y contesta con sinceridad. ¿Tienes confianza en mí?

—Absolutamente; tú lo sabes bien.

—Ante todo prométeme que aunque no seas lo que voy a pedirte no lo revelarás a nadie.

—Así lo haré—prometió la hebrea con la sinceridad de su alma, transparente como el cristal.

—Prométemelo con juramento.

—Pongo a Jehová por testigo.

—Escucha. Tú sabes cuánto te amo; pero hoy no puedo ser tu esposo, porque tu elevado rango nos separa. Tú eres hermana de un príncipe y yo soy un simple aventurero, un pobre diablo.

—¡Oh, no! para mí eres más que nada. Y también Agripa te estima. ¿Por qué no había de consentir en que fueras mi esposo?

—Nunca lo permitirá. Desde que supiera que te amo me negaría su amistad. Los casamientos desiguales se toleran entre los paganos, pero no en la aristocracia judía.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó ella cubriéndose con la mano sus bellos ojos humedecidos de lágrimas.

—Pero escucha—dijo el joven tomándole la mano.—Si tú me ayudas yo haré que Agripa llegue a ser rey de Jerusalén. Entonces él, agradecido, me dará algún cargo elevado que me permita casarme contigo. ¿Comprendes? Sólo entonces podrá él hacerlo con su autoridad de rey, mientras que ahora nada puede hacer por mí.

—¿Y qué quieres que yo haga?

—Por de pronto, una cosa muy sencilla: obtenerme un pergamino blanco con el sello de Agripa.

—¿Para qué?—le preguntó Berenice con la mirada.

—Es para escribir yo una recomendación de mi misma persona que me permita presentarme a los sacerdotes y príncipes de Judea como recomendado por Agripa. ¿Entiendes? Necesito eso a fin de incitarlos a preparar una sedición que ponga a Agripa en el trono de Palestina.

—¿Y por qué no se la pides a él? Seguramente no te la negaría.

—Sí, me la negaría. Tu hermano Agripa es tímido y holgazán. Aceptaría el trono, pero si se lo ponen en la mano sin correr el menor riesgo.

—Me propones una cosa peligrosa que puede comprometer a Agripa; pero tengo confianza en ti.

—Creémelo, Berenice; no hay otro medio de que yo pueda llegar a ser tu esposo.

—Por eso haré lo que me indicas—prometió sonriéndose la nieta de Herodes.

—Tan luego como lo tengas en tu poder me lo envías con el criado Efraim, que es de mi confianza.

Berenice asintió con la cabeza y en señal de agradecimiento el joven le besó la mano, al mismo tiempo que la miraba fijamente, poniendo en sus pupilas una expresión de amor infinito.

—Cipro vuelve—dijo la joven, retirando bruscamente la mano y simulando contemplar el panorama de la ciudad.

—No tenemos laúd—dijo con pena la esposa de Agripa, entrando en la azotea.—el músico griego se lo ha llevado a afinar.

—Mejor, así tendremos más tiempo de conversar; sólo dispongo de media hora—observó el joven.

—Qué apurado, ¡hombre! Debes estar muy entretenido aquí cuando vives tan ocupado—declaró la vieja en tono de queja.

—Todas las capitales me gustan; pero esta tiene para mí particular encanto.

—Ah, pues para mí no; estoy aburridísima. No veo llegar el momento de escaparme para Antioquia. Allí sí que hay vida y libertad, mientras que aquí tengo que vivir encerrada por temor a las críticas del Samedrín.

Siguieron hablando los tres haciendo plácidas evocaciones de Roma, donde se habían conocido hacía dos años. En aquel tiempo Cipro y Berenice, asistían a unas carreras en el Gimnasio cuando les llamó la atención uno de los vencedores, casi adolescente, de anchas espaldas y miembros de acero que se llevó el premio de salto. Ese joven era Ben Gioras. Quisieron conocerlo y quedaron gratamente sorprendidas al saber que era hebreo. Orgullosas de tener un compatriota que era un atleta de apolínea belleza se interesaron por él y lo recomendaron a Agripa. Este príncipe paganizado, despreciaba a sus compatriotas por su falta de elegancia, sus largas barbas y suciedad insolente. Así fué que le causó buena impresión el joven aventurero y campeón, tan bello y ágil como un griego, y tan lleno de energía como un romano. Con el favor de las dos mujeres lo admitió en su séquito y llegó a distinguirlo hasta frecuentar con él algunas orgías. Luego, empobrecido y asediado por los acreedores, Agripa tuvo que deshacerse de Ben Gioras, quien se hizo jefe de bandidos y ahora le enviaba socorros

a su antiguo amo, desde Palestina. Cipro estaba extasiada de ser protectora de aquel gallardo mancebo y ansiaba reunirse pronto con él en Antioquia, donde podía asistir en su compañía a los paseos. Así fué que al despedirse el joven le dijo:

—Adiós, hasta muy pronto.

—Adiós—contestó Cipro.—Te esperamos en mi casa de Antioquia; yo quisiera darme algunos días más por estar cerca de ti.

—Y yo también—afirmó el joven,—porque a tu lado se me pasan las horas como por encanto, pero no conviene que dejes solo a Agripa; ya sabéis que él se entrega a la orgía cuando no lo acompaña la familia. Los explotadores lo arruinan y él se desacredita. Y si así sigue, cuando yo quiera proponerlo para rey, lo rechazará el Samedrín. Id, pues, a vigilarlo; yo os seguiré después. Hasta la vista.

—¿Será la última vez que te vemos?

—Os acompañaré hasta el muelle en Cesárea.

Cuando el joven se vió sólo en la calle, el corazón le latió de alegría. "Todo va bien"—exclamó.—"Esas mujeres están locas por mí y me servirán de escabel. La vieja Cipro, como palanca es soberbia; pero puede descubrirme a Agripa. Más segura es Berenice. Ella me conseguirá el pergamino. ¿Quién sabe? Tal vez me casaría con ella a pesar de su delgadez de avispa. ¡Ah! Torpe sería yo sino aprovechara esta ocasión propicia para adquirir influencia y para vengarme de los verdugos de mi padre. El mundo es de los fuertes, y yo lo soy; vaya si lo soy con los hombres y con las mujeres."

CAPITULO III

Mientras que Ben Gioras visitaba a la familia de Cipro, los dos usureros con quienes él había conferenciado ascendían pensosamente al pedregal del Cedrón. De pronto se detuvo Ascalón exclamando:

—¿Oyes?

—¿Qué? — contestó Assur deteniéndose también.

—Parece que nos llaman.

—¡Bah! Es el viento que silba entre las rocas, sigue adelante.

—¿Qué paseo, amigo, y a nuestra edad!

—No importa, yo estoy satisfecho porque he visto los elementos que tiene Ben-Gioras. El negocio no me desagrada, y a ti ¿qué te parece?

—No tiene mal aspecto. Es lo único que me consuela de este calvario. Descansemos un poco; yo no puedo más; me parece que voy a dejar en tiras el pellejo. ¡Por Jehová!, ni que fuéramos profetas para hacer penitencia.

—Sentémonos, pues, un momento.

Se echaron sobre las yerbas y miraron el amplio horizonte que se abría hacia el Carmelo. Por allí se perdía el camino amarillento en torcidos zigzags, orlado de palmeras. El aire estaba inquieto; pero poblado de aromas, de abejas y de mirlos.

—¿Qué muchacho es ese Ben-Gioras? — dijo el moftetudo después de un breve silencio,—parece mentira lo que piensa y hace.

—Es raro y temible—contestó su compañero.

—Quien lo creyera, con esa juventud y esa cara de ángel.

—Con él no se yerra el golpe; hasta ahora ha tenido éxito en todo lo que ha emprendido.

—Pero, ¡ay de nosotros si lo traicionamos!

—¡Hum! Iriamos a dormir al seno de Abraham.

—¡Pero qué sagacidad la suya! Ha encontrado el único medio de que el Pontífice saque el tesoro, porque aunque Caifás es un gran pillo, es también muy fanático y no cometería nunca un robo sacrilego.

—Y en cuanto a Agripa, ¿crees que caerá en la trampa?

—No tengo la menor duda. Por ascender al trono sería capaz de agarrarse de un clavo ardiendo.

—Y aunque no estuviera en tal extremo, ese demonio de Ben-Gioras lo convencería lo mismo que a Pilatos; porque tiene una gracia para persuadir. Te aseguro que es un muchacho de porvenir. En él revive Dimas y Gestas y Barrabás y todos nuestros más célebres bandidos.

—Pues debemos aprovechar sus cualidades.

—Es lo que yo me digo. Ya ves que negociazo el que vamos a hacer; y lo más sabroso de su proyecto es que nosotros nos aprovecharemos del robo sin comprometernos.

—Eso lo veremos; pero, calla, mira lo que viene.

Alzó la vista Assur y vió acercarse una figura que le causó recelo. Era un hombrecillo pálido, el andar suave como de serpiente y el perfil afilado como de buitre. Vestía su flexible cuerpo una túnica azul; en los pies llevaba argollas de plata y en las orejas largos pendientes de vidrio. De su cintura pendía una red de cazador llena de pájaros muertos.

—Perdón, oh patriarcas—dijo inclinándose.—¿Sois vosotros los prestamistas que han visitado hoy a Ben Gioras?

—Los mismos somos—balbuceó Assur con el pelo erizado de espanto.

—Pues bien, él me encarga acompañaros por si os sorprende la noche, y extravían el camino.

—Oh, en cuanto a eso no hay cuidado—le contestó Ascalón haciendo un esfuerzo para hablar sereno,—conocemos desde jóvenes estos sitios y podemos recorrerlos con los ojos vendados; no te incomodes, pues, por nosotros. Pero ¿dónde estabas? No te hemos visto en la cueva de Ben Gioras. ¿Estarás a su servicio?

—Soy su esclavo y estaba afuera.

—Ah, —dijeron ambos viejos a un tiempo.

—Me alegre—dijo el negro—que conozcáis estos sitios, pero os aconsejo que sigáis el camino de vuestras casas. La noche se viene encima, corre un viento malo, y por aquí andan espías de Ben-Gioras que no os conocen y pueden molestaros.

Los dos usureros se levantaron y apresuraron el paso. Cuando el negro desapareció entre las breñas preguntó Assur sonriéndose:

—¿Por qué no lo dejaste que nos acompañara?

—Por compasión a ti. ¿Como temblabas de miedo!

—¡Claro! Con ese tipo y esa vestidura. Me dieron unas ganas locas de correr.

—Pues ya ves; es un simple criado extranjero de Ben Gioras. Algún esclavo. Eso nada tiene de particular. Yo no me asusté.

—Por que no te miró. A mí me quería tragar con los ojos; creí que era Belecubú.

Rióse Ascalón de las aprehensiones de su amigo y siguieron caminando; pero ambos iban preocupados porque siguieron en silencio y dieron un salto al oír el sonido de unos cascabeles. Al volver nerviosamente la cara vieron un asno cargado de rollos de grasa y tortas de hidrógeno. Entonces tranquilizados, prosiguieron su ruta. Poco después entraban en los pórticos de Jerusalem.

CAPITULO IV

Descendió el negro en plena oscuridad, sin herirse entre las rocas y breñas, con el instinto seguro de una bestia montaraz, habituada a saltar entre malezas y derrumbaderos. Entró sigilosamente al sótano. Ben-Gioras, que miraba en ese momento por la ventanilla, no pudo advertir la presencia de su amigo. Creyéndose solo el joven aventurero, pensaba en voz alta. "No puedo olvidar—se decía,—la palabra ultrajante que me dirigió hace seis años el empresario del circo. ¿Por qué me echó públicamente en cara la muerte infame de mi padre? Ay, desde entonces siento la punzante vergüenza de mi innoble origen. Y sin embargo, siento bullir en mi alma extrañas herencias

de instinto dominador. Sólo los descendientes de reyes tienen esta sed de mando que me devora, este ingénuo orgullo que me hace insufrible toda subordinación; esta fe que tengo en un destino superior. Mi vida interior es un caos. ¿Quién me arrastra a la venganza y al delito? No lo sé. ¿Es una predestinación fatal? Quizá sea yo un instrumento de Jehová para castigar a malhechores impunes, como Caifás y Pilatos".

—Muy bien pensado, y castiga a todos los pillos, menos a mí—exclamó el negro.

El joven dió una vuelta rápida entre alegre y enfadado y le dijo:

—¡Ah! ¿ya estás de vuelta? ¿Los viste?

—Sí—contestó el negro despidiendo una lámpara de arcilla que tenuemente iluminaba la estancia.

—¿Y cómo has regresado tan pronto?—preguntó Ben-Gioras.

—No quisieron que les acompañara.

—Los has asustado con tu facha. Eres capaz de asustar al mismo miedo. ¿Te fijaste bien en ellos?

—No se me borrarán de la memoria, aunque pasen cien años. ¿Cuándo quieres que los libre de la vejez? Me parece que abusan de la vida.

—¡Espera, bárbaro, a que aflojen la bolsa! tú debes reservar tus habilidades para otras cosas mejores. ¡Ah! Aún no te he preguntado cómo lograste escapar de la casa de Caifás.

—Le he dicho al Pontífice que soy muy hábil para cazar alondras, que a él le gustan mucho asadas en la ceniza. Por eso estuve cazando hasta el mediodía por estos barrancos, con la intención de visitarte.

—Bueno; vete a casa del Pontífice; pueden sospechar por tu ausencia.

—Descuida, puedo llegar a la madrugada; diré que encontré cerradas las puertas de la ciudad.

—¿Has observado bien las costumbres y los muebles de Caifás?

—Ya sabes que no soy torpe; todo lo he visto; sólo me falta examinar sus armarios por dentro. Llevaré ahora los garfios especiales que abren las cerraduras y la resina que ablanda la madera.

—¡Por Jehová! ten mucha prudencia; no vayas a hacer perder el negocio ahora que vamos a dar el golpe.

—Pierde cuidado; Caifás se muestra contento de mí; ayer he dado un veneno al criado que cuida del dormitorio; ahora está en cama, pero no vivirá una semana. Espero que me llamarán a sustituirlo.

—Temo que desconfíen de ti. ¿No te parece extraño que no advierta Caifás que un criado como tú no se ofrece a servir gratuitamente?

—Es que Caifás es un hombre de poco talento. Según dicen los criados, solamente ha podido ser pontífice porque lo dirigía en todo su suegro Anas que está ahora un poco enfermo.

—Puesto que puedes quedarte, charlaremos esta noche. Quizá pase mucho tiempo antes de que se te presente ocasión de venir otra vez.

—Así es.

—Cenaremos entonces, amigo Quema; tú servirás la mesa, como antes.

Desapareció el negro un momento, y volvió trayendo un pan cocido en la ceniza y una bolsa de almendras. Luego se quedó contemplando al joven, quien le dijo:

—Come tú también, animal. ¿No sabes la novedad que hay?

—No.

—Que Cipro y Berenice se van el sábado para Antioquia. He dispuesto que Efraim las acompañe.

—¿No temes una imprudencia? Es demasiado joven para encargos delicados.—dijo Quema, que aunque era compañero de Efraim, comenzaba a tenerle envidia.

—Calla, majadero. El es muy prudente, y se hará pronto simpático a Agripa y a Cipro. Tú no servirías para el caso. Eres demasiado feo.

—¡Bah! me basta con que tú me estimes. ¿Qué va a hacer, Efraim?

—Va a traerme un pergamino con el sello de Agripa que Berenice me ha prometido enviar. En él escribiré una recomendación para presentarme ante Caifás, de modo que este viejo pontífice ponga en mi toda su confianza y haga lo que yo le diga. Si eso no se consigue todo nuestro plan se derrumba.

—Ah. Pero... ¿sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Que si Caifás es tu mayor enemigo, como tú me has dicho, aunque te presentes con un criado de Agripa, no querrá creer-te cuando le propongas este negocio.

—Es que él no sabe que soy su enemigo, no me conoce, ni sospecha que haya podido hacerme daño.

—¿Qué es lo que te hizo? Nunca me lo has dicho.

—Te lo diré ahora. Esta es una noche que quiero consagrar a los recuerdos. Solo a ti puedo yo aclarar el enigma de mi vida.

—¿Por qué sólo a mí?

—Porque ya la conoces en su mayor parte, porque tú me has hecho lo que soy, porque eres el único hombre en quien tengo confianza, y porque sé que me quieres.

—Y también debes estimarme por el auxilio que te prestan mis venenos de hierbas y mis puñales—dijo el negro, clavando en

los ojos del joven una mirada en que se mezclaban el más caluroso afecto y la más refinada perversidad.

—Sí, también por eso—contestó su amo—pero, ¿en qué piensas? ¿No has traído vino? Corre por él y también por aceitunas.

Salió el negro, risueño y ufano por aquel trato familiar, que era para él motivo de orgullo. Vació un pellejo de vino en una ánfora de barro y regresó cantando, acompañándose con el ruido metálico de sus dedos ensortijados, que sacudía sobre sus brazales de plata. Puso en la mesa los alimentos y alzando el ánfora hasta los ojos contempló con sensual delicia el líquido ambar pálido que contenía.

—Lo mejor que hay en los viñedos de Jericó—dijo Ben Gioras indiferente y serio, y volvió a sumergirse en sus recuerdos. Su semblante bello y triste, semejaba el de la estatua de Niobe.

—Cuenta, pues—dijo el joven al negro cuando éste regresó con las aceitunas.—¿qué mal te hizo el pontífice?

—Hizo morir a mi padre en la cruz.

—¿Antes de que te conociera yo?

—Dos años antes; cuando yo tenía quince.

—¿Qué profesión ejercía tu padre?

—Era como yo, jefe de handidos.

—Debía ser valiente como tú.

—¡Ah! él era un hombre terrible. Todos lo temían por su fuerza y audacia. Mi madre en su presencia parecía acobardada.

—¿Tu madre?

—Sí.

—¿Y no has dicho que tu madre no vivía contigo?

—Y es cierto; pero a veces, cada dos o tres meses aparecía en casa. Era una señora muy bella y lujosa. Una criada capicía la acompañaba. Mi madre nos besaba a mí y a mi hermano, y después de bañarnos en lágrimas se iba.

—¿Y quién cuidaba entonces de ustedes?

—Una anciana, que según oí decir, era esclava de mi madre, y por servirla a ella vivía con nosotros.

—¿Que historia que parece un cuento? ¿Y tu madre era parecida a ti o a tu hermano?

—A mí en el tipo, y a él, según decía mi aya, en el carácter. Mi hermano tenía horror a la sangre. Por eso se negaba a acompañarme cuando mi padre y yo íbamos a cazar nutrias. Yo, en cambio, me divertía descabezando pájaros en el campo, quemando ranas, prendiendo fuego a las chozas solitarias de los pastores. Todo eso enristecía a la anciana que nos cuidaba. Pero llenaba de júbilo a mi padre. Así es que él, cuando iba a pasear por el campo, solamente a mí me llevaba consigo, enseñán-

dome a ser fuerte, a montar a caballo, a disparar el dardo.

—¿Entonces no vivías siempre con él?

—No seas borrico. ¿Cuándo dirás algo con sentido común? ¿Cómo podríamos vivir con mi padre siendo él un bandido? Ya te dije que solamente lo veíamos de vez en cuando. Unas veces estaba dos o tres días y otras veces sus visitas eran más breves y nocturnas. Entonces traía joyas y dinero de sus asaltos. No quería que nosotros saliéramos de casa ni que vistiéramos bien.

—Sin duda temía que ustedes inspiraran sospechas.

—Precisamente, ya sabes cómo es el pueblo de las aldeas, en todo se fija y todo lo comenta. Pero nosotros no le hacíamos caso y vagábamos durante el día por las calles.

—¿Y cómo supiste la muerte de tu padre?

—¡Ah! es una historia muy triste.

—Cuéntala.

—Te dije que mi padre nos visitaba a menudo; pues bien; llegó un tiempo en que esas visitas cesaron. Entonces se agotó el dinero y los viveres que nos había dejado. Mi aya no sabía dónde estaba él, ni se atrevía a preguntar por temor a la justicia. Por esas angustias y por la falta de pan cayó enferma. Entonces la visitó un ángel, contándole que habían sido capturados dos bandidos y que serían crucificados al día siguiente. Todos sospechamos que mi padre había sido preso. Figúrate qué ansiedad. Pero ¿cómo saber la verdad? Como yo era el hermano mayor, mi aya dispuso que fuera a Jerusalén para ver si entre los justiciados estaba mi padre. Me puse, pues, en camino al principiar el día. Al subir la montaña poco después del mediodía, súbitamente se oscureció el sol y todo el monte se agitó espantosamente. Yo quedé aterrado. Cuando pasó aquel temblor quise retroceder; pero había prometido ir al calvario, necesitaba saber el paradero de mi padre, y sólo podía orientarme dirigiéndome a Jerusalén.

—¿Conocías el camino?

—Nada, absolutamente. Pero seguí las indicaciones que me había dado el aya y pregunté a los pastores. Para ganar tiempo atravesé la montaña en vez de seguir el camino real. ¿Qué noche de fatiga! Me desmenucé los pies en el monte pedregoso y abrupto; me quité el turbante que me estorbaba y lo arrojé al suelo; varias veces estuve a punto de caer en los barrancos; las ramas de los olivos me rasparon el rostro, pero yo seguí sudoroso y jadeante.

—No sé como no te extraviaste.

—Porque las luces del templo me indicaban el rumbo. Cuando llegué a Jerusa-

lén era de madrugada, así fue que pude fácilmente saber cuál era el Calvario.

—¿Y allí encontraste a tu padre?

—Sí, lo reconocí, estaba atado a una cruz baja; recuerdo que no lloré; el estupor me lo impidió. Estuve hasta llegar al día contemplando las tres cruces y los muertos que dibujaban sobre el cielo sus extrañas figuras negras.

Ben-Gioras visiblemente conmovido, emudeció por largo rato, quedando, con los ojos medio cerrados como si contemplara una visión. Es que recordaba en todos sus detalles el tétrico espectáculo de su padre en la cruz. Veía su gran cabeza desmelenada, caída sobre su pecho; las costillas saliendo de la piel por el peso de su cuerpo, la sangre coagulada sobre sus barbas y cabellos, formándole un cordón de estalactitas al rededor de las cuales bullían las moscas. Los ojos habían salido de las órbitas y estaban blancos como clara de huevo, y en la boca abierta y espumosa había quedado estereotipada la horrible mueca del odio y de la desesperación. ¡Pobre padre mío!; ¡qué feo estabas!—exclamó el joven con amargura.

—Pero — dijo el negro, — tú dices que había tres cruces y sólo dos muertos. ¿Qué se hizo el otro?

—Se lo habían llevado. Parece que murió primero.

—¡Ah! ¿era tal vez ese Jesús de Nazaret a quien adoran los cristianos?

—El mismo.

—¿Te gusta, acaso, su doctrina?

—Lo poco que he oído no me interesa. Parece que habla de consuelos y aconseja ser caritativo. Pero tú sabes que el hombre no debe recibir consuelos porque debilitan, y menos pedir limosna. En cuanto a mí, lo que necesito lo arrebató, no me humillo a pedirlo; pero terminemos ya esta charla.

—¡Oh, tan pronto!—exclamó Quema con voz apenada.

—Es preciso dormir para levantarse temprano a recoger el dinero de los usureros antes de que se arrepientan. Otro día proseguiré mi relato. No me despiertes cuando te vayas. Yo voy a ver si los centinelas vigilan y dormiré con ellos en el sótano; tú échate sobre esta alfombra.

Diciendo esas palabras salió el arrogante bandido, mientras el negro se tendía sobre el rico tapiz, sin necesidad de quitarse su túnica egipcia de mangas cortas, ni su pequeña hacha de bronce etrusco que pendía de su cintura.

CAPÍTULO V

Esa misma tarde cuando los usureros devorados por su codicia hacían aquella ex-

curción imponiéndose fatigas que no soportaban sus años, Caifás daba una audiencia particular en su palacio. No había aún envejecido como su suegro Anás, pero se había hecho retraído, irritable y descuidado. Sabemos ya que él había sido siempre holgazán y sin iniciativa, habiendo sido esa una de las razones por las que Anás lo había escogido para yerno desde hacía ya cerca de veinte años. El lo había hecho elegir Pontífice a fin de utilizarlo como dócil instrumento de su tortuosa política. Por ese motivo existió siempre armonía entre esos dos personajes, hasta que su complicidad en el asesinato legal del Profeta Nazareno introdujo entre ellos pasajeras discordias. Después de la muerte del Celestial Profeta Caifás reflexionó sobre los fenómenos de su agonía, sobre su mansedumbre sublime y la heroica fe de sus discípulos. Entonces horribles soplos de duda pasaban fatídicos sobre su alma y sentía la necesidad de expansionarse con su suegro. Pero el viejo estaba tan seguro de sí mismo, tan tenaz en su odio implacable contra el Nazareno, que su yerno no se atrevió a hablarle. Caifás tuvo que luchar solo contra sus propios terrores. La desaparición del cadáver de Jesús, la rasgadura del velo del templo, el terremoto del Viernes en que murió el Profeta, los rumores que corrían acerca de muertos resucitados; todo eso era demasiado extraño para que él pudiera permanecer sereno. El recuerdo del Nazareno estaba siempre latente en su pensamiento. Por eso permanecía largas horas sumergido en una especie de estupor. En sus labios flotaba importuna y pertinaz esta terrible pregunta: — "¿Y si era el Mesías, si era Dios, si nos equivocamos?" Estremecido y espantado evitaba entonces la soledad y buscaba a Anás para comunicarle sus escrúpulos o para encontrar en él negativas razones que lo tranquilizaran. Pero cuando estaba cerca de él tenía encontrar las mismas perplejidades y se quedaba en silencio, sobrecogido de extraño malestar. Era imposible saber lo que pasaba en el alma de Anás, cuyo semblante era de una rigidez impenetrable. Quizá su odio y su orgullo habían de tal manera obcecado su entendimiento, que no sentía las dudas de su yerno. Por lo menos así se lo declaró a este cuando no pudiendo ya contenerse Caifás le manifestó sus preocupaciones. Con su sagaz inteligencia, Anás encontró explicaciones falsas para todos los milagros que rodeaban al Nazareno y al cristianismo naciente.

—Todo eso es obra de los Césares—le dijo—es pura intriga de Pilatos, que está empeñado en desacreditar la sinagoga. Por

eso protege veladamente a los apóstoles. Y en cuanto a sus milagros, son la obra de Belcebú.

Estas palabras tranquilizaron a Caifás. Entonces puso su esperanza en el entronizamiento de Agripa, joven incrédulo y libertino, pero que por su interés apoyaría a la sinagoga. Entre tanto, la política de Caifás se limitaba a combatir secretamente a los apóstoles, introduciendo en ellos la división. Se servía para eso de dos personas serviles que lo explotaban. Uno de ellos era un antiguo sacerdote hebreo, defectuosamente convertido al cristianismo, llamado Ascassem. El otro era Artemio, el vendedor de miel, a quien había sobornado, hacía varios años, para que sirviera de testigo falso contra Jesús. El primero estaba en Antioquia, donde había una entusiasta actividad cristiana. Allí el falso convertido actuaba con gran eficacia, siguiendo las instrucciones de Caifás. El astuto y cobarde Artemio, a pesar de la angustia que le produjo la sospecha de que Jesús fuera Dios, resistió a los toques de la gracia y quedó sin convertirse. El desmayo que le causaron sus terrores y remordimientos le impidió presenciar la muerte del Profeta; pero esa misma noche se restableció y salió del palacio, ardiendo en curiosidad de ver el paradero del Nazareno. Fue por la madrugada al Calvario, encontrando sólo el cadáver de los dos ladrones, Dimas y Gestas. Al pie de la cruz de este último bandido encontró un niño durmiendo, extenuado por la fatiga. Ese pobre huérfano de quince años era el mismo Ben Gioras, que tan gran actuación histórica tuvo después en los destinos de Jerusalem. Artemio amparó al adolescente, pero ante el espectáculo de los ajusticiados llevó tal susto, que tuvo una fiebre de 40 grados. Como sucede a los microbios malignos y a las yerbas venenosas, su fuerte vitalidad resistía a las más peligrosas crisis. Asistido por el niño Ben Gioras en su enfermedad, se levantó pronto del lecho, más falso, astuto y codicioso que nunca. Cuando se vio bien restablecido, se presentó ante Caifás y siguió explotándolo. Esto lo consiguió fácilmente, amenazando al Pontífice con denunciarlo al Sanedrín, como instigador del falso testimonio que él mismo había dado contra Jesús. Caifás creyó prudente pagarle su silencio, y de vez en cuando lo utilizaba para sus intrigas contra los cristianos. Aunque lo despreciaba, a fuerza de tratarlo acabó por soportar complacido su presencia, halagado por las serviles lisonjas que su cómplice le prodigaba. En el momento en que lo encontraron, el Pontífice descansaba indolentemen-

te sobre anchos almohadones de Siria, con el voluminoso cuerpo envuelto en una amplia túnica de púrpura que le ocultaba las sandalias. Tenía la mirada vaga de las inteligencias mediocres, fatigadas las pupilas por el abuso del juego de dados a que se entregó durante muchas noches, cuando le asaltaron sus terrores.

—Señor—le dijo Artemio,—es cierto lo que suponías, tu sagacidad es incomparable, Saulo ha desaparecido.

—¿Desde cuando?

—Desde anoche, yo creí ser te útil trayéndote inmediatamente la noticia.

—Has hecho bien.

—Gracias por tu aprobación; tú sabes cuánto interés tomo en servirme, sabiendo que así trabajo por los intereses de Israel.

—¿Y no se sospecha a dónde se dirige?

—Para todos es desconocido el rumbo que lleva, menos para mí, que por servirme no he reparado en gastar todos mis ahorros.

—¡Mentiras! No has gastado un óbolo. ¿Lo oyes? Ya veo a dónde vas a parar. Quieres hacerme pagar cara tu noticia.

Sin inmutarse, el corinto bajó humildemente los párpados y contestó:

—Tu elevado cargo, ¡oh, Pontífice! te da derecho para ser injusto conmigo, insultándome de ese modo y dudando de mis palabras. Pero sabe que eso no puede ofenderme. Yo estoy colocado tan debajo de tu dignidad, que me honras con tus insultos, pues ellos son un signo de que merezco tu confianza.

—Siempre que esos insultos vayan envueltos en oro.

—Júzga como te parezca—contestó el servil Artemio levantando los hombros y modificando el tratamiento que daba al sacerdote,—a mí me basta saber que mis noticias son ciertas y valiosas, aunque tú no las creas tales, pues no me mueve el vil afán de lucro, sino el amor inmenso que profeso a la religión de Moisés, hoy peligrosamente amenazada por ese fanático de Tarso.

—¿Hablas de Saulo?

—Exactamente.

—¿Y qué demonios se habrá metido él a hacer con los nazarenos, siendo como dicen, un hombre de talento?

—Yo creo que aspira a desbancar a Pedro y convertirse en jefe de los nazarenos. Ellos son muchos, aunque pobres, y su dirección le daría mucha fuerza social a un hombre tan hábil como Saulo.

—Pero no creo que lo consiga. Los nazarenos deben desconfiar de él, porque los persiguió antes.

—Es cierto que hubo al principio alguna reserva contra él y se dudó mucho de la

sinceridad de su conversión, pero ahora nadie desconfía.

—Son verdaderamente estúpidos esos nazarenos—exclamó el Pontífice con rabia.

—Tú los calificas como lo merecen, ¡oh sabio intérprete de las Escrituras! pero si no fueran imbéciles no me habrían admitido entre ellos, creyendome convertido y no podría yo decirte ahora lo que ellos tramau.

—Es verdad; pero tú no puedes inspirarles desconfianza, porque eres un charlatán, mientras que Saulo...

—Es un orador.

—Que es lo mismo, y el mundo pertenece a los que saben manejar la lengua, por eso Saulo ha logrado convencerlos de que se le apareció el Profeta después de crucificado.

—¿Eso ha contado? ¡Vaya si tiene audacia el pequeño narigudo para mentir! ¿Y a dónde fué eso?

—Dice que en el camino que conduce a Damasco.

—Pero si él no conocía al Profeta.

—No importa; lo conoció entonces.

—¿Y qué pruebas presenta?

—El hecho de haberse quedado él mismo ciego.

—¿Eso también? ¡Si será embustero!—exclamó el sacerdote, rechinando los dientes.

—Y haberlo curado milagrosamente un tal Ananías, que lo buscaba por orden del Profeta muerto.

—¡Otra mentira más gorda! Estoy seguro de que ese Ananías no existe o es otro embustero, puesto de acuerdo con Saulo.

—Grande como el mar es tu perspicacia, ¡oh Rabí! pero Ananías existe, porque lo ha visto Bernabé que habló con los dos en Damasco.

—¡Ah! Entonces Bernabé es el que le ha servido a Saulo para surgir entre los cristianos.

—Precisamente. Nada se esconde a tu penetración. Como tú dices, Bernabé ha referido la visión que tuvo Saulo durante su permanencia en Arabia, donde estuvo haciendo penitencia. Bernabé refirió también a los nazarenos la predicación de Saulo y su maravillosa fuga de Damasco escalando las murallas con una cuerda. En fin, ha dicho de él maravillas que le dan gran prestigio entre los nazarenos.

—¿Qué par de bribones! —exclamó el Pontífice con los ojos centelleantes de cólera, levantándose con las narices dilatadas y los puños nerviosamente cerrados. Dió unos pasos en silencio, y de pronto se detuvo frente a Artemio para decirle con alterada voz:

—Pues conmigo no le valdrá su astucia. Lo haremos caer en sus propios lazos. Y su ambición nos servirá de instrumento para arruinar esa peligrosa secta de los nazarenos. Por eso no quiero que lo mates por ahora. Vete a Antioquía con una carta mía para Ascasseu; él te dará instrucciones; probablemente te ha de ordenar que adules a Saulo para fomentar el cisma que estamos incubando entre los nazarenos. En todo caso cumple lo que él te diga. Trabaja bien y serás rico con mis dádivas. Toma por ahora esta bolsa de oro.

Artemio recogió al vuelo la bolsa, y haciendo una genuflexión exagerada, dijo:

—Estoy a tus sagradas órdenes; ¡oh ilustre ornamento del Saucedrín!

Luego se retiró en busca de un barco que debía conducirle a Siria.

CAPITULO VI

Dos días después de la anterior escena, con el mismo rumbo que Artemio y a poca distancia de él, salieron también de Jerusalén el joven Ben Gioras y sus dos cómplices y amigos: el adolescente Efraim, de raza judía, y el negro Quema, de sangre africana. La imaginación ardiente de los tres aventureros se excitaba con el fresco resplandor de la mañana y con el panorama líbico de aquel camino arenoso y zigzagante, orlado de tiendas ligeras y de piedras grises, sombreado por olivos y follajes de acanto, y sólo transitado, a esa hora crepuscular, por mercaderes que pasaban dormitando en sus camellos y por pastores con sus compactos rebaños cuyo dulce balido era la única voz que turbaba el solemne sueño de los campos. Los tres amigos recordaban con gusto sus vicisitudes de niños acróbatas convertidos en jóvenes ladrones. Sobre todo les complacía evocar sus aventuras en Corinto, donde vendieron dátiles y robaron objetos en los barcos anclados. También comentaban con regocijo su entrada triunfal en Roma como palafreneros y caballerizos de una legión. Fué en esa gran ciudad donde acabaron de pervertirse presenciando los juegos del circo. El negro Quema, empero, sólo se interesaba por Ben-Gioras, y así fué que le suplicó terminara entonces la historia de su padre, crucificado en el Calvario de Jerusalem, cuyo relato le había principiado la noche en que durmió en el sótano del Cedrón, después de haber observado a los usureros.

—Pues bien—dijo Ben-Gioras,—te conté como encontré a mi padre muerto y atado en la cruz. ¡Ah! él me inspiró una gran piedad, mezclada de temor; tenía los ojos

abiertos, vidriosos y coléricos; parecía mirarme recomendándome que lo vengara, y yo juré hacerlo.

—¿Y regresaste esa misma noche a tu casa?

—No, bárbaro. ¿Cómo hubiera podido hacerlo? La fatiga y el sueño me obligaron a echarme desfallecido a los pies de la cruz en que pendía mi padre. Entonces un viejo que por allí rondaba se acercó a mí, diciéndome:—“¿Qué haces ahí vagabundo, mirando ese espantajo?”—Tuve vergüenza de decir que miraba a mi padre, y le contesté:—“Vine a ver a los crucificados y me he cansado”.—“¡Ah, bribón!—contestó—bonita diversión has encontrado, ¿y cómo te deja tu padre dormir aquí?”—“Sólo tengo una aya, le contesté.—“¿Y dónde está?”—“En Jetzel”.—“¿Tienes hambre?”—“Sólo tengo sed y sueño”.—“Ven conmigo—me dijo—descansarás en mi choza, y daré una torta de miel y agua fresca de granada”.

Seguí a aquel hombre a su choza, y allí dormí y me lavé los pies. Me rogó que me quedara con él.—“No puedo—le dije,—la mujer que cuida de mí me espera”. Y sin hacer caso de sus instancias me fui.

—¿Qué buen hombre, eh?—exclamó el negro.

—Bueno, ¿eh?—repitió con sarcasmo el joven.—Verdaderamente eres un idiota. No hay nadie bueno. Ya verás el negocio que hizo con sus bondades. Pero bebamos un poco de vino, ya que te has acordado de traer esa ánfora atada a la cintura. Pues como les decía, regresé a mi casa y ¿sabes lo que encontré?

—No adivino—dijo Efraim.

—Hallé a mi aya muerta.

—¿Asesinada?—preguntó Quema.

—Tal vez; y no la podía saber entonces; porque su cadáver entraba en putrefacción y no pude acercarme a él.

—¿Y tu hermano?

—Había desaparecido.

—Sin duda lo robó algún vagabundo para venderlo, ¿y nunca lo has vuelto a ver?

—Nunca.

—¿Quizá hoy no lo reconocerías—observó Efraim.

—Seguro que no; apenas tengo un vago recuerdo de su fisonomía; pero conozco una señal en que lo reconocería.

—¿Cuál?

—Esta, pero cuidado con revelarla a nadie. Mira.

Diciendo eso, Ben-Gioras se desnudó por la espalda mostrando en ella una hoja de trébol impresa en la piel.

—¿Y qué hiciste después?—preguntó el negro.

—Quedé contemplando a mi aya aterrada. Avisé a los vecinos y ellos la enterraron. No quisé quedarme con ellos, sino que volví a Jerusalén en busca del viejo.

—¿Cómo se llamaba?

—Artemio. Con él viví un poco de tiempo.

—¿Y que tal te trataba?

—Al principio bien, pero le llegué a tomar odio porque él conocía la infame muerte de mi padre.

—¿Y de qué vivían?

—Vendiendo miel, pero cuando ésta se acababa, me mandaba a recoger yerbas que él vendía diciendo que tenían sortilegio y virtudes curativas.

—¿Y era cierto?—interrogó Efraim.

—Qué había de ser; eran puras mentiras.

—Vaya un bribón—exclamó Quema.

—No he visto otro mayor. El me enseñó antes que tú a ser falso, taimado y ladrón. ¡Qué locuaz era! Vieras con qué gravedad examinaba las arrugas de las manos o vendía huesos de comadreja, que según él atraían la buena fortuna; de todas esas chucherías tenía lleno el cuarto.

—Cuánto me habría gustado conocer ese tipo—dijo el negro, mostrando al sonreírse la nítida blancura de sus dientes.

—No he visto otro igual—dijo el joven, desplegando ligeramente sus labios con una fina sonrisa.—Y lo más gracioso es que él mismo, a fuerza de mentir, creía en los amuletos que inventaba para engañar a la gente; porque era supersticioso y más tímido que un conejo. No podía dormir sin que yo lo acompañara. Cuando llegaba la noche se ponía sombrío, como si un cruel recuerdo lo obsesionara. Entonces balbuceaba palabras oscuras con voz de terror.

—¿Y qué decía?—interrogó Efraim, que escuchaba con la boca abierta.

—Nombraba a Jesús el Profeta.

—¿Qué tendría que ver con él?

—Nunca pude saberlo; aunque lo interrogué, sólo advertí que le tenía un miedo atroz, pero en cambio, supe de él otra cosa para mí más interesante.

—¿Y era?—preguntó Quema.

—Que Anas y Caifás condenaron a muerte a mi padre solo para hacer bochornosa la muerte del profeta Jesús.

Al decir eso, el joven lanzó al espacio miradas de rencor.

—Pero si tu padre era bandido, merecía el castigo de la ley como nosotros—observó Quema.

—Un pequeño castigo sí; no lo niego; pero no la muerte. Hace mucho tiempo que en Judea no crucificaban a los bandidos; pues

se practica el saqueo con la complacencia del Sanedrín.

—¿Y cómo te separaste del viejo?

—Tú ya lo sabes; me entregó el muy pícaro a unos griegos cómicos que me llevaron a Cesárea.

—¡Ah! ¿esos acróbatas donde yo te conocí?—preguntó Quema.

—Los mismos; fueron ellos los que me llevaron a Alejandría, y a latigazos me enseñaron a ser acróbata, bufón y bailarín, jinete y conductor de carros.

—Y allí fué donde te hablé, incitándote a la fuga y enseñándote a ser salteador de caminos.

—Sí, —dijo Efraim, — y a mí también que estaba con Ben-Gioras en el circo.

—Por consiguiente, nada más os puedo contar que no sepáis; pero no fuistes tú, Quema, quien me enseñaste a ser bandolero, yo nací siéndolo; lo llevo en la sangre; pero necesitaba un socio de confianza para iniciar mi carrera.

—Y ese socio fuí yo—dijo el negro con visible satisfacción, — yo, que conociéndote, vi abrirse una época de alegría en mi camino. A tí te debo haber salido de mi estupidez y haber vivido como un señor. Gracias, gracias.

—¿Para qué me haces esas observaciones fastidiosas? Ya sabes que las palabras de la gratitud me repugnan. Si te he hecho algún favor no ha sido por simpatía sino por cálculo.

—No te creo —dijo Quema con la risa en los labios, — tú no podías esperar provecho de un negro bruto como yo, pero notaste que me inspirabas afecto y me correspondiste.

—Piensa lo que quieras, ya sé que no te he de convencer; pero te advierto que cuando te vi con tu facha de demonio, creí que eras el hombre depravado que yo necesitaba para formarme en el delito. Luego salí de mi engaño. No eras bastante malo, te faltaba refinamiento en la perversidad. Yo siendo niño te aventajaba en malicia. Entonces ya yo sentía profundo desprecio por los hombres, y la conciencia sin escrúpulos que me ha permitido ascender. Y aunque tú creías formarme a mí para ser bandido, era yo quien te pulía, inspirándote ideas de asesinatos a sangre fría. Era yo quien te enseñaba a ensayar y fingir.

—Lo reconozco y te lo agradezco.

—Olvida esa palabra, majadero; yo no quiero agradecimientos. Nuestra amistad es un simple convenio utilitario; tú me sirves con tus puñales y venenos, y yo te procuro dinero y te salvo de la justicia; pero cesemos ya de hablar; mirad, sin darnos cuenta hemos llegado al puerto.

En efecto, el puerto de Cesárea, opulento y activo en aquella época, ponía una nota de violenta animación en medio de la melancolía de la campiña hebrea que los aventureros habían recorrido. El muelle estaba atestado de empresarios, intérpretes, viajeros, conductores de caravanas y de palanquines o literas. Los camellos y dromedarios eran descargados de sus bagajes y toneles con que habían atravesado las ardientes llanuras, llevando tejidos de Cálceda, vino de tamarindo de Samaria, brocados de Tiro, paños de Sidón, miel de Sebaste, perfumes de Jericó y otras producciones judías que eran exportadas a Roma, Grecia y Alejandría. Las ventrudas galeras mercantes se cargaban de las ricas maderas de sándalo, ébano, cedro y caoba de los montes de Líbano y de las montañas de Moab. Ben-Gioras, indiferente a esos objetos, solamente parecía interesarse por el mar, cuyas infinitas lontananzas, excitaban su ambición. Empero, lo que principalmente buscaban sus miradas, era a Berenice y a Cipro, que allí debían esperarlo. Impacientado por no encontrarlas, fruncia sus cejas renegridas y caminaba con aspecto marcial, sin fijarse en los asirios de cabello partido, y barbas rizadas que vendían baratijas, anunciándose con matracas de madera, y sin pararse a mirar la belleza de las cortesanas griegas cuyos anillos de plata eran tan profusos que les ocultaban los dedos. Por fin, vió llegar la litera de las dos damas que esperaba, las cuales lo saludaron con efusión, pero con palabras calculadas, porque ambas se disputaban su amor, y mutuamente se vigilaban. Quema se seperó del grupo, mientras Cipro y Berenice, junto con Efraim y Ben-Gioras contemplaban en silencio el enjambre de velas que abrían, sus telas al soplo de la brisa. Cuando las damas se disponían a subir a bordo, Ben-Gioras, acercándose a Cipro y mirándola con ojos irresistibles, le dijo:

—Hasta muy pronto; procura impedir que Agripa, tu esposo, se degrade en la crápula; haz que se instale bien; es necesario que en este tiempo goce de prestigio ante el Sanedrín; porque pronto voy a proponer que lo hagan rey.

—Haré lo que dices; pero no tengo fe en esa mala cabeza.

Luego, dirigiéndose el joven a Berenice, dió a su voz las inflexiones más dulces para decirle:

—Adiós, amiga mía. No te olvides de mi encargo; de él depende nuestra dicha.

Cuando el barco se puso lentamente en marcha bajo el esfuerzo rítmico de los remos, las dos mujeres se quedaron mirando ansiosamente al joven, quien al verlas des-

aparecer les arrojó un beso con la punta de los dedos. Los viajeros se reunieron a bordo. A las pocas horas de navegación apareció Artemio sobre cubierta buscando con quien charlar. En vano había provocado un diálogo con los remeros que estaban en su turno de reposo; porque ellos preferían entretenerse tocando caracoles marinos, pues esa música atraía a los delfines, cuyo vientre plateado resplandecía bajo el sol. Los comerciantes dormitaban sobre las cuerdas cuidando sus mercancías. Artemio miró el horizonte sin límites y la vasta seriedad del cielo, y quiso comunicar sus placidas impresiones a un joven de renegrida cabellera que sentado cerca del mástil comía frutas secas y vaciaba a intervalos un ánfora de vino de tamarindo. Era Efraim, el amigo y cómplice de Ben-Gioras.

—Salud, hermoso Apolo, le dijo Artemio, acercándose—no tiene mal aspecto el tiempo.

—No puede ser mejor, el mar está tranquilo como si fuera de aceite—contestó Efraim, ofreciéndole un puñado de dátiles.

—No, te agradezco; pero no te rechazaría si me brindaras de esa ánfora; tengo un presentimiento de que es vino de Jericó.

—Exactamente. Tienes buen olfato; tómalas; puedes agotarla; a mí me sobran las provisiones.

—¡Ah! por lo visto eres rico.

—Yo no; pero lo son mis amas.

—¿Quiénes son?

—Míralas: aquellas dos señoras.

—Las dos parecen guapas.

—Sí; pero sólo una es joven; la rubia. La otra allí donde la ves, tiene cincuenta años.

—Pues no lo parece.

—Claro; como que tiene treinta y dos cosas postizas.

—Por eso dicen los sabios—y yo entre ellos—que de lo que muestra la mujer, en la mitad hay que creer.

—Es muy cierto.

—¿Y quiénes son ellas?

—Son Cipro y Berenice, la esposa y hermana de Herodes Agripa.

—¡Atiza! Pues no son poca cosa. Te felicito, amigo, aunque no creas que yo me quedo atrás. ¿Sabes quién es mi amo?

—¿Cómo he de saberlo? Si apenas te conozco.

—Pues es nada menos que Caifás, el Pontífice.

—Gran Señor, por cierto.

—Sí, y aquí donde me ves soy más que criado; soy su confidente y amigo.

—Bueno; te dejo—dijo el joven levantándose,—me llama mi señora.

Acudió el adolescente a donde Cipro, para atenderla; pues el movimiento del bar-

to le había causado un ligero marco.

—¿Quién es ese viejo, cara de foca, con quien hablabas?—le preguntó la rica hebrea cuando estuvo repuesta.

—Es un servidor del Pontífice Caifás.

—Con esos ojos de pescado y esas barbas de cabra no creo que sea criado de tan gran personaje.

—Pues dice que es uña y carne con el Pontífice.

Todos los viajeros pasaron una noche tranquila. Berenice estuvo un rato despierta contemplando la claridad difusa de las estrellas y soñando con las fantasías de la espuma que orlaban el barco. No oía más que el cántico triste y monótono de los remeros acompañado por el inmenso clamor de las olas. Luego se durmió tranquila al lado de su cuñada, quien contemplaba con envidia su juvenil belleza.

—¿Qué tal dormiste?—le preguntó Cipro por la mañana.

—Divinamente. En un solo sueño toda la noche.

—Pues yo he estado fatal con el marco. Voy muerta de cansancio. Por eso no dormí y oí lo que hablabas en sueños.

—¡Ah! ¿sí? ¿Y qué decía?

—Llamabas a Ben-Gioras—dijo la vieja mirando a su cuñada con escrutadores ojos.

—No recuerdo haber soñado con él—contestó la joven.

—¿Acaso piensas en él?

—Casi nunca.

—Mira; no me mientas. Acuérdate de que puedo ser tu madre. Ya no se me ocultan a mí ciertas cosas.

—Pero si yo no te oculto nada.

—Dime la verdad; tú amas a Ben-Gioras.

—¿Qué cosas dices! estás equivocada; yo solamente lo estimo como a todos los amigos de nuestra casa. Nunca veo que no pueda llegar a ser esposa suya.

—Claro que no. ¡Ay de tí y ay de Ben-Gioras si Agripa sospechara que se aman!

—Pero si no hay tal amor; son imaginaciones tuyas.

—Me alegro que sean sólo aprehensiones mías. De todos modos, bueno es advertirte. Evita enamorarte de él. Sería la perdición de Agripa; porque él tendría entonces que romper con Ben-Gioras una amistad que le es muy útil y crearse un enemigo terrible.

—Seguiré tu consejo—dijo la joven ahogando un suspiro, y fué a contemplar el panorama del mar.

Por la tarde, Efraim y Artemio volvieron a encontrarse.

—¿Habéis estado otra vez en Antioquia?—preguntó Efraim entrecerrando los ojos al aspirar el denso perfume que traía la brisa.

—Sí, hace ya como doce años.

—Se ve que has sido como yo, amigo de los viajes.

—Mucho. Es mi locura. A no ser por eso sería riquísimo. He ganado mucho dinero fletando miel, pero en pocos días he derrochado mis ganancias.

—¿A vender miel has venido otra vez a Antioquia?

—No; esta vez no vine a vender miel, sino a desempeñar una misión secreta de Caifás.

—¿De veras? Eres de la confianza del Pontífice—exclamó Efraim, mirando fijamente a su interlocutor.

—Soy su consejero. Tengo la desgracia de ser honrado, sagaz y diligente; por eso me buscan para las misiones más delicadas.

—Muchos desearíamos esa desgracia.

—Es que cuando no se pagan bien los servicios, de nada sirve tener cualidades. En ese viaje, el Pontífice me dió solamente cien ciclos de plata. Verdad es que yo gané otros quinientos; porque vendí muy bien un muchacho hebreo que traía de Jerusalem.

—¿Hijo tuyo?

—No; era un huérfano que encontré... ¿a que no adivinas dónde?

—En el templo.

—No; en el Calvario, a la madrugada, al pie de la cruz de un ajusticiado.

—Es curioso. ¿Y a quién lo vendiste?

—A un circo de acróbatas.

—Debía ser Ben-Gioras—se dijo mentalmente Efraim, y agregó en voz alta:

—¿Era hermoso?

—Como no he visto otro igual. Era un chico muy ágil, inteligente, con los ojos brillantes y el cuerpo esbelto. Un verdadero tesoro. Buen negocio habrán hecho con él. Parece que lo dedicaron a danzar y dar saltos peligrosos.

—¿Supiste quién era su padre?

—Nunca. Y es lástima, porque debía de ser de familia real o sacerdotal, por lo menos.

—¿En qué te fundas para creerlo?

—Digo eso porque una vez, mientras él dormía ví que tenía pintada en la espalda una hoja de trébol como suelen llevarla las familias reales. Pero mira; se acerca a nosotros tu señora.

En efecto, Berenice se aproximó a Efraim diciéndole:

Mañana aparecerá la segunda parte

AMOR SUBLIME

por

LUIS BARRANTES MOLINA

SEGUNDA PARTE



—Oye. ¿No es esa la cabeza de Caronte?
—No; ¡que ha de ser!—contestó el joven levantándose—esa debe ser la vela de un barco; todavía nos faltarán unas cuatro horas de mar antes de ver la montaña de Antioquia. El deseo de llegar os hace confundir las cosas.

—Es cierto. ¡Es tan bella Antioquia!—exclamó con entusiasmo la joven hebrea.

Luego, fijándose ella en Artemio, preguntó:

—¿Quién es este anciano? ¿Es judío?

—Sí; por simpatía, ¡oh ilustre retoño del gran Herodes!—contestó saludando donosamente el corinto—pero yo he nacido en Corinto.

—¡Acabas de verme y ya sabes quién soy! Ah, Efraim, ya has desatado la lengua.

—Como no me habéis encargado el secreto, le dije quién érais.

—¿Y qué vais a hacer?—preguntó la joven al viejo,—sin duda a vender productos de Palestina.

—No; reina de Oriente, voy en comisión privada de Caifás, mi socio.

—Entonces nos veremos allá.

Berenice y el criado se apartaron de Artemio y conversaron largamente solos.

—Sirvele bien a Ben-Gioras y yo te recompensaré—dijo la joven al terminar su diálogo.

—Oh, señora, me ofendéis. ¿Quién habla de paga tratándose de él?

—¿Tanto lo queréis?

—Lo amo como a un hermano.

—¿Verdad que tiene muchas cualidades?

—Las tiene todas. No hay hombre más perfecto. Es inteligente, bello, valiente y fuerte. No tiene un pelo.

—Lástima que no sea noble o sacerdote.

—Pero llegará a ser rey. ¡Mirad. Teniais razón, señora—dijo Efraim, señalando un peñasco que parecía erguirse en medio del mar, esa es, en efecto, la cabeza de Caronte.

—Pero la ciudad no se ve, parece que está llena de niebla.

—Sí, es por el humo de los sacrificios.

Los tripulantes, excitados, se agolpaban a bordo agitando sus turbantes.

—Ya entramos en el Orontes—dijo Cipro al notar que el barco, después de agitarse, se deslizaba dulcemente sobre blancos algodones de espuma. El claro raudal del río se volvía plácido al entrar en el cauce artificial que lo internaba en la ciudad. Por eso podía deslizarse sobre él una muchedumbre de naves ligeras, con pabellones azules, delgadas góndolas cubiertas de vistosos tendales, y suaves tirrenos en cuyos bordes brillaban al sol incrustaciones de marfil y guirnales de flores.

—¡Dios de Abraham! qué gentío,—exclamó Berenice entusiasmada.

—Arréglate los cabellos —dijo Cipro,—¿me queda bien esta túnica? De seguro hallaremos conocidos en el muelle. ¡Qué aire tan fresco se ha levantado! Ponte, ligero, el peplu y el collar.

—Ya se están arreglando las mujeres de Agripa—se dijo Artemio observándolas,—ya no distingo cuál es la vieja; voy a ofrecerles mis servicios. Este es un viaje con suerte. Es una amistad excelente la de esas ilustres damas de las que puedo sacar grandes beneficios.

En efecto, fué a ayudarles a sacar cajones de ropa, mientras el barco se detenía inmóvil sobre las tranquilas aguas del

“Los Oberlé” o “El Último Sacrificio”

por RENE BAZIN

Esta hermosa obra publicará “La Novela del Día” los días:
21, 22, 24, 25 y 27 de Abril.

Orontes. Ya desde allí se advertía la sensualidad refinada y el violento lujo de la escandalosa capital de Siria, la reina del Oriente.

CAPITULO VII

Al desembarcar Cipro y Berenice alquilara una litera, mientras Efraim se hacía cargo del equipaje y Artemio, después de despedirse, escupía tres veces en el suelo, según su costumbre, para traer la buena suerte y se sentaba cerca de la playa. Un tropel de muchachos casi desnudos asaltó a las dos mujeres pregonando sus mercancías:

- ¡Uvas, uvas secas de Ghisira!
- ¡Pura miel de Mileto!
- ¡Pelos de chacal contra las enfermedades, traídos del templo de Artemisa!
- ¡Compradme ostras y dátiles frescos, hermosas damas!

Sin hacer caso de los vendedores, las dos mujeres hebreas observaban con interés la multitud apiñada en la gran balaustrada de pórfido que ceñía la playa. Al verlas estableban aplausos y exclamaciones.

—Yo prefiero la mayor, que tiene la piel rosada, lástima que le hayan quedado las orejas amarillas.

—¿Oyes lo que dicen?—dijo Berenice,—pasate un trapo por la cara, te has dejado toda la pintura amontonada en los pómulos.

La litera se internaba en los jardines llenos de follaje y de rincones sombríos, donde estaban los templos de la superstición y del placer. Jamás las locuras y desenfrenos del vicio tuvieron mejor teatro que aquella ancha vía abierta entre la montaña y el río, cubierta de estatuas y rodeada de exuberantes florestas y perspectivas espléndidas. Entretanto Artemio, sentado en el suelo se atracaba de dátiles, bellotas y cebollas crudas sin hacer caso de las miasmas nauseabundas que emergían de los canales por donde caían al río las sales descompuestas de las fondas. Levantóse luego satisfecho y se puso a contemplar los grupos de adolescentes que bailaban al sol, agitando sus crotalos, al son de las tiorbas y tamboriles. Los aceites aromáticos con que habían untado sus cuerpos, de curvas femeninas, se derretían con el calor y neutralizaban con su fragancia penetrante el fétido aliento de los espectadores. Los niños contemplaban la danza a horcajadas sobre los árboles, mientras los hombres formaban rueda tendidos de bruces en cillizas sobre la arena. No sin esfuerzo pudo Artemio arrancarse a sí mismo de aquel espectáculo, cuando observó que uno de los danzantes tendía hacia

él su pandereta para recoger los óbolos del público; por lo cual, se apartó de allí con súbito espanto. Vió entonces alzarse frente a él la enhiesta cima de la montaña. Descaba subir para ver la siniestra cabeza de Caronte, el barquero de los infiernos, esculpida en la roca por ser ese dios terrible el patrón de la ciudad de Antioquia. Pero Artemio estaba fatigado y no quería pagar a los conductores que le ofrecían sus hombros para llevarlo a la cumbre. Por fin, después de un largo regateo triunfó su curiosidad sobre su avaricia y se hizo conducir. Sólo cuando estuvo en la altura pudo apreciar la enorme amplitud de la gran ciudad. A un lado vió la suntuosa acrópolis y las formidables fortificaciones, coronadas de torres; al otro, rocas, cascadas, precipicios y jardines; en la verde ribera del río, templos, teatros, hipódromos, agoras, exedras, sinagogas, baños y bazares de violenta magnificencia.

Como la mayoría de sus habitantes eran de raza griega, Artemio que hablaba esa lengua pudo preguntar por el barrio de los Nazarenos. Dió la casualidad que el joven a quien interrogó era un neófito y catecúmeno de la iglesia allí fundada por Saulo, por lo que se ofreció gustoso a servirle de guía hasta el recinto donde se reunían sus compañeros.

—¿Está muy lejos de aquí la iglesia? —le preguntó Artemio descendiendo de la montaña.

—No mucho. Está en el centro de la ciudad. ¡Ah!, pero tú preferirías ir antes a donde Saulo se encierra para orar con Bernabé.

—¿Dónde es eso?

—En una gruta, es nuestro primer santuario.

—Entonces allí tendrá guardado el dinero que dicen que tiene en abundancia.

—No, eso lo tiene en la iglesia grande del centro, adonde van los fieles por limosnas; allí sí que hay cosas que ver: granos, pieles, aceite, vino...

—¡Ah!, ¿con qué vino también?

—Sí; Saulo obsequia a veces a los concurrentes, sobre todo cuando son gentiles; porque es un rabí muy liberal y obsequioso. Pero tú debes ser nazareno.

—Claro está; pero me alegro de saber que Saulo es obsequioso; pues me habían dicho que es de mal genio y que insulta a los neófitos.

—¡Oh! nada de eso. Es cierto que los reprende; pero es porque los quiere. Es verdad que es franco y fuerte en sus reproches; pero siempre termina humillándose y acariciándolos con las palabras.

—Bueno, pues, si es así llévame a la iglesia grande, a ver si Saulo me convida.

—¿Cómo? ¿No quieres ir antes a la gruta a hacer penitencia?

—¿Penitencia yo? ¡Vete al diablo con ella! ¿Vengo dolorido después de dos días de viaje en el mar y quieres que me dé disciplina?

—Perdóname, no te enfades; te lo decía porque así hace Saulo cuando viene de sus viajes.

—No todos tenemos igual el pellejo; el mío es delicado; porque soy aristócrata de nacimiento y ya estoy viejo; pero dime ¿cómo sabes que Saulo es más liberal que los otros rabinos?

—Porque así lo dicen los judaizantes para criticarlo; pero a nosotros nos gusta precisamente por eso; por generoso y por franco. ¿Sabes? los otros judíos no habían podido llevar ninguno de nosotros a su religión, porque censuraban ásperamente nuestros vicios apenas nos veían, y luego, en privado, hacían ellos lo mismo que los otros. Por el contrario, Saulo es tolerante con los demás y severo consigo mismo.

Mientras así hablaban habían descendido ambos de la montaña.

—¿Y de dónde eres tú?—le preguntó Artemio a su guía.

—De aquí mismo, pero de raza griega; ¿y tú, señor?

—De Jerusalem.

—¡Ah! entonces debiste conocer al Profeta.

—Sí—contestó el Corinto, comprando unos pasteles envueltos en hojas de higuera.

El neófito dió un salto y se quedó contemplando el rostro de Artemio, como si por primera vez lo viera.

—¿Tú lo viste? ¿tú le hablaste?—exclamó el joven.—¡Oh, qué felicidad! Daría mi vida por haberlo visto. Un dios, y un dios que muere por los hombres. ¿No es verdad que parece mentira?

Artemio no le contestó. Se había detenido también y contemplaba extasiado el animado espectáculo que formaba la calle llena de elegantes vehículos y de cortejos. Las cuádrigas rodaban en un lado con dirección al hipódromo y la rapidez de su carrera contrastaba con la lentitud solemne de los coches fúnebres que iban por la otra orilla arrastradas por corpulentos yeguas blancas. Numerosos transeúntes marchaban a pie envueltos en túnicas azules, mientras que otros iban conducidos en literas, en estudiadas actitudes, apenas cubiertos por cortas clámides de lino.

—¡Pobre de mí!—se decía mentalmente Artemio,—estos sí que son dichosos; si yo

fuera rico viviría siempre aquí; ¡ah, qué triste es llegar a viejo sin haber gozado!

—¿Qué dices, señor?, ¿oras a Cristo?—preguntó el guía.

—Sí, oro a Cristo.

—¡Ah! por eso no has contestado a mi pregunta; te he evocado los dulces recuerdos del Profeta y tú, conmovido, no has podido contestarme; así hacen todos los que fueron sus discípulos. Viven distraídos y absortos en su recuerdo.

—Es verdad. Y tú ¿qué me preguntaste?

—Te decía que parece mentira que siendo el Profeta Dios, haya muerto por los hombres.

—A mí también me parece mentira; pero ¿de dónde sale toda esa gente? mira que pechos de encaje que parecen de espuma; qué sortijas en los dedos; qué tinturas en las mejillas; por Apolo Delfico, ¿esta en una visión de Atenas!

—¿Eso te admira?, esa es gente que sale del circo; pero los nazarenos ya no amamos esos espectáculos; Saulo los ha prohibido porque son idolátricos.

—¿Qué tiene que ver la diversión con la idolatría?

—¡Ah! tú quieres contradecirme para probar si sé;—dijo ingenuamente el neófito,—pues bien si sé; el circo es el templo dedicado a la diosa Circe, hija del sol; fíjate en la puerta que tiene figuras ovales, recordando la forma de un huevo, porque esos infelices creen que Castor y Polux nacieron de un huevo. ¡Ah! cuán imbécil era yo hace pocos meses creyendo esas patrañas. ¿No vez? Mira si tengo razón.

En efecto, Artemio vió salir del circo que le señalaba el guía un altar ambulante con una estatua de Apolo. Llevábanla en hombros hermosas doncellas, mientras que otras iban detrás lanzándole rosas y derramando lánguidos suspiros.

—Apíadate de mí, bondadoso Apolo—iban clamando al son de trémulas violas,—pon en mis ojos la llama que enciende en otras almas las dulces angustias y los amorosos deseos.

—Por lo visto ahora te disgustan esos espectáculos—observó Artemio.

—Los detesto—afirmó el guía.

—Entonces no eres de raza griega, como has dicho, porque todo eso lo inventó la Grecia por su amor a la belleza.

—Soy griego; pero nazareno.

—¿Y los nazarenos odian acaso la Belleza?

—No; no es que la despreciemos, sino que la queremos pura y perfecta, fundada en la verdad; y además el amor al Profeta,

que es la belleza suprema, absorbe todas mis facultades.

—¿Cómo hablas! ¡pareces un filósofo!

—Es lo que lo oigo decir a Saulo; pero créeme; para mí ya no hay diversión más que estar en la iglesia; entro allí y parece que se ensancha el corazón; allí, ricos y pobres, sabios y esclavos, todos tenemos una misma fe, una misma esperanza y un solo corazón.

—Hombre; me estás entusiasmando.

—¡Oh! Ya verás, cuando estés allí; no te dejarán tomar aliento.

—¿Caramba! ¿Y por qué?

—Porque todos van a querer pedirte datos y noticias del querido muerto.

—¿De cuál muerto?

—¿De quién ha de ser?... del Profeta; sólo él nos interesa.

Mientras así hablaban habían llegado a la iglesia de los nazarenos, en medio del arrabal judío. El diácono que cuidaba entonces de la iglesia enseñó al corintio, con afectuosa confianza, todas las dependencias de aquel establecimiento.

—Ya véis como está de sucia esta sala—le decía—pues la he barrido esta mañana; pero ya se han reunido allí los párbulos a quienes di clase; han estado los pobres paganos a quienes repartimos sacos de dátiles; porque aquí entre los nazarenos no hay pobres.

—¿Todos sois ricos?

—Quiero decir que como el que está sin trabajo o enfermo vive en la casa de otros, no padece necesidad.

—He oído decir que Saulo y Bernabé son activos y santos.

—Es verdad, son viajeros infatigables. Ahora andan por Chipre, Salamina y Pafos. Saulo vendrá pronto. Dentro de ocho días a lo más tardar. Su llegada se espera con ansiedad para que ponga término a la discordia provocada por los judaizantes.

—¿Qué disputa es esa?

—Nada serio en el fondo; cuestión de orgullo patriótico. Es que Saulo, para convertir a los gentiles rompe los viejos moldes del judaísmo; llama al reino de Cristo a todos los hombres, cualesquiera que sea la raza o la religión de donde vengan. Y eso les da escozor a los judíos.

—¡Ah! ¡comprendo! — declaró Artemio, y comenzó a poner atención a lo que escuchaba; porque así conocía la situación de los cristianos en Antioquía, entre los cuales se proponía actuar cumpliendo las órdenes de Caifás.

Cuando terminó de hablar el diácono, sintetizó la conversación el Corinto, diciendo:

—En resumen; todo eso no es más que la

vieja vanidad judía. Tú sabes que el pueblo hebreo es el pueblo escogido; el que ha monopolizado, durante siglos, la verdadera religión revelada por Dios. Por eso, Pedro, que es judío, se opone al cosmopolitismo de Saulo, que es algo griego y ciudadano romano. ¿No es así?

—Nada de eso—replicó el diácono. — Pedro está de acuerdo con nosotros. El mismo encargó a Bernabé, que también es judío, para que examinara la conducta y la doctrina de Saulo y Bernabé, lo aprobó todo.

—Vaya hombre, pues, me alegro, — exclamó Artemio registrando con la mirada el recinto en busca de algo que beber—y ya que, según se dice, Saulo es muy obsesivo con las visitas, podíamos celebrar su victoria con un poco de vino.

—Precisamente, tengo excelente Falerno —dijo el diácono, vaciando una ánfora.

—No te invito a comer conmigo — agregó — porque puedes hacerlo mejor en casa del fabricante de vasos.

—¿Es hombre rico? — preguntó Artemio examinando como persona entendida el color del vino.

—Es el más rico de los cristianos de Antioquía.

—Si es así recomiéndame a él.

—Como gustes. Te lo digo por si no tienes aquí algún otro conocido que te hospede.

—Ya lo creo que tengo. Y entre lo más granado de la aristocracia; pero prefiero ese fabricante.

—Vamos, pues; te conduciré a su casa.

—Vamos allá, — repitió el corintio.

Diciendo eso, el diácono y Artemio echaron a andar, dirigiéndose a la casa de Rubrio. Este fabricante de vasos era el antiguo soldado romano que junto con Artemio había declarado falsamente contra Jesús.

CAPÍTULO VIII

Cuando Efraim se separó de Artemio y de las damas hebreas, se entretuvo recorriendo el muelle por donde había vagado ocho años antes en compañía de Ben-Gioras y del negro Quema. Solamente después de dos horas de paseo se acercó a la casa vieja y solitaria donde Agripa escondía su pobreza. En Roma, Efraim conoció a ese príncipe hebreo, a quien lo había presentado Ben-Gioras. Pero él era demasiado niño y no tenía los atractivos físicos de Ben-Gioras, por lo cual no fué admitido en el servidumbre de Agripa. Entonces Efraim, junto con Quema, vivieron separados momentáneamente de Ben-Gioras, mientras éste se captaba la confianza de Agripa. Muy pronto

el astuto y hermoso aventurero llegó a dominar al príncipe, corrompiéndose con él en las orgías romanas, a donde lo acompañaba, ardiendo los dos en el acre apetito de sensaciones nuevas. Pero en ese derrumbadero del vicio, Ben-Gioras se contuvo pronto; porque su desmedida ambición anulaba sus demás pasiones. El no se contentaba con ser un simple favorito de Agripa. Por eso se separó de él y fué a Palestina, a convertirse en jefe de bandoleros. Con ese oficio se preparaba él a ser caudillo de su nación. Entonces llevó consigo a los amigos de su infancia, Quema y Efraim. A este último, que era un adolescente agraciado, solía enviarlo con misivas secretas para Cipro, Berenice o Agripa, por lo cual era él conocido de toda esa familia. En ese tiempo, Agripa vivía de incógnito en Antioquia; porque carecía de recursos para sostener el lujo propio de su rango. Arrendaba una casa ruinosa, en un barranco de la ciudad, sin más objetos de lujo que varios cofres de pomos, depiladores, bálsamos, esencias ungüentos y demás elementos de su complicado tocador. Efraim reconoció la casa por las señas que tenía, y entró audazmente en las solitarias y destarteladas estancias. Solamente después de un buen rato de vagar, llamando a Agripa, oyó la voz de éste que estaba en el baño.

— ¡Eh! ¿quién anda ahí? — preguntó el príncipe desde la pileta de mármol etrusco en donde caía un chorro de agua deliciosamente fresca, traída desde el Orontes.

— ¿No me reconoces? — contestó el joven mensajero. — Soy Efraim, el compañero de Ben-Gioras.

— ¡Ah! sí, te reconozco; empuja la puerta.

— ¡Salud, señor! — dijo el adolescente entrando en el baño.

— ¡Hola, muchacho! ¿Qué crecido estás! — exclamó el príncipe sumergiéndose hasta el cuello en el agua limpiada en que había disuelto aceite de cinamomo. — ¿Qué noticias traes?

— Que vienen Cipro y Berenice — contestó Efraim, sentándose en una arca con tapa de metal egipcio que servía de espejo.

— ¿Ya están aquí? — preguntó el maguete, rebulléndose con placer en el agua:

— No deben tardar; andan dando una vuelta en litera por la Avenida de los Plátanos.

El príncipe se alzó de nuevo dejando ver su esbelta desnudez. Tenía las facciones finas y correctas, la cabellera copiosa y renegrida, el desdén en los labios y los ojos negros y saltones característicos de la es-

tirpe de Herodes. Sentóse en el agua y preguntó a Efraim:

— Y Ben-Gioras ¿qué dice? ¿Está todavía en su sótano del Jordán?

— Sí; está en su guarida; y desde allí te envía este saquito de oro, — anunció el joven mostrando su tesoro.

— Bienvenido sea — dijo alegremente Agripa, sacando el brazo del agua para calcular, con la mano, el peso de las monedas. Luego las arrojó fuera de la pileta diciendo:

— Me vienen como llovidas del cielo para pagar a los acreedores; pónlas ahí, y alcánzame una jofaina.

Salió luego de la pileta y hundió su rostro marchito por las orgías en el agua mezclada con yerbas olorosas con las cuales recobraba la frescura de la infancia. En ese momento era sonrosado; porque su piel se había limpiado del matiz amarillento con que los antiguos solían teñirse el rostro y sus ojos parecían menos grandes, sin el lustre negro con que embellecía sus cejas y pestañas, dándoles un brillo misterioso. Efraim, que por primera vez lo contemplaba desnudo, quedó sorprendido al verle en el muslo un tatuaje de una hoja de trébol, exactamente igual a la que le había visto a Ben-Gioras. Iba a lanzar una exclamación, pero se contuvo. Conocía las dudas de aquel aventurero acerca de su nacimiento y estaba seguro de haber hecho un descubrimiento que quizá daría la clave del misterio de su familia. ¿Eran acaso hermanos Agripa y Ben-Gioras? Así parecía indicarlo aquella señal. Efraim resolvió comunicarle su descubrimiento a su amigo apenas regresara a Jerusalem. Entre tanto, el príncipe había salido de la pileta y sin aguardar a vestirse tomaba el saco de oro y lo contemplaba con fruición.

— Habrá apenas quinientos denarios — dijo, pero Cipro debe traer también dinero.

No le contestó Efraim, que en ese momento observaba el rostro de Agripa, en cuya fisonomía descubría vagas semejanzas con el bello rostro de Ben-Gioras.

— Alcánzame la tela de secarme — ordenó Agripa sacudiendo las gotas de su cuerpo delgado y pálido, en que la luz ponía un reflejo de ámbar.

Efraim le alcanzó una ancha tela de lino, con la que se enjugó ligeramente y preguntó luego:

— ¿Cómo está Ben-Gioras?

— Hermoso y fuerte como un león cachorro.

— Siempre ha sido así. Ya que estás aquí vas a darme tú las fricciones. ¿Con que conociste a Ben-Gioras en un circo?

—Si — contestó el joven, mientras vaciaba de una botella de forma ovoidea y de largo gollete, el aceite embalsamado.

—¿Cuánto hace de eso? — preguntó Agripa tendiéndose en una mesa de sánalo para recibir las fricciones.

—Diez años, más o menos.

—¿Y tú por qué estabas allí?

—Porque me habían capturado unos piratas y vendido a los acróbatas de Alejandría.

—¿A Ben-Gioras también lo capturaron?

—No; a él lo vendió un mercader de miel que venía de Jerusalem.

—¡Ah! No me había contado eso. Me alegro de saberlo. Entonces él no me ha engañado al decirme que ha sido acróbata, y que es hebreo. Pero ¿qué hacía en el circo?

—Todo. Tenía destreza para todo. Lo mismo dirigía un carro, que vencía en una carrera a pie; pero preferían ocuparlo como bailarín.

—Debía estar muy gracioso.

—Figuráos; con su esbeltez y sus ojos negros. Parecía un Apolo adolescente. Me parece estarlo viendo con los pómulos pintados de azul, rizados los rubios cabellos y con grandes argollas de plata en los tobillos.

CAPITULO IX

La conversación de Agripa y el criado Efraim fué interrumpida por unos golpes dados en la puerta.

—¿Quién puede ser? — preguntó el príncipe sorprendido, pues pocas personas sabían que él vivía en aquel sórdido domicilio.

—¿Será ella? — dijo Efraim.

—¡Diablo! Que no me vean con el dinero que has traído — exclamó el príncipe escondiendo precipitadamente el oro que le dió el adolescente.

En ese momento apareció Cipro, sudorosa y jadeante, lanzando por todas partes miradas de asombro y estirando los labios con gesto de asco. Detrás de ella venía Benenice, enjugándose el rostro.

—¡Abraham nos asista! — exclamó Cipro. — ¿Qué suciedad y qué abandono! Esta no es casa; es una cueva de beduinos.

—¡Ave Dómina! — dijo el príncipe con galante ironía, mientras se frotaba la piel con esencia de rosas de Jericó, — pero dices bien; yo vivo en una cueva.

—¡Indecente! — le increpó su esposa.

—¿Y qué otra habitación podía yo tener, con el miserable dinero que me dejaste?

—Bastante te dejé; pero eres un tahir, un abandonado, un vicioso.

—¿Yo vicioso? — exclamó el indolente príncipe quedándose inmóvil, a medio ponerse una blanquísima túnica de lino egipcio.

—No lo tomes a mal — dijo Cipro ya calmada, mientras se disponía a hacer su toilette.

—¡Ah! ¡eso ya es otra cosa! — dijo el príncipe, — por bien ya sabes que me llevas hasta las murenas. (Llamábase así el lugar donde se despeñaba a los condenados a muerte).

—A donde vamos hoy mismo es a alquilar otra casa mejor que esta indecencia. ¿Quién puede visitarnos aquí? — dijo Cipro sacudiendo el polvo de las paredes.

—¡Magnífica idea! — exclamó el príncipe poniéndose sus brazaletes de plata. — Yo aquí estaba pudriéndome. ¡Y claro! Por eso juego a los dados. Siempre estaba fuera de casa; porque me daba grima estar aquí; pero ahora será otra cosa; por lo visto traes dinero, mujercita mía.

—Pero no para tus vicios; es para instalarnos con lujo y comprarte ropa interior; porque ¿sabes? hay esperanzas de que te ofrezcan la corona de Palestina, que no mereces, mala cabeza.

Esto dijo Cipro al mismo tiempo que se pintaba a sí misma las ojeras de azul, con lo cual hacía resaltar el fulgor de sus claras pupilas, que parecían dos luceros en el fondo de un pozo. Luego se sujetó las trenzas con una redecilla de hilo de oro.

—¡Con qué nada menos, que la corona de Palestina! — murmuró Agripa con gesto de incrédulo, — me parece que sueñas, pero en fin, traes dinero; por lo que te doy gracias; eres mi providencia; a pesar de tu mal genio, eres buena en el fondo.

Mientras así hablaba el príncipe se ponía su capa romana de tisú. Luego acercándose a su esposa exclamó:

—Mujer, nada me has contado de Jerusalem.

—Ya hablaremos despacio a la vuelta. Se nos va la tarde y no encontraremos donde dormir.

—Dormiréis todos en mi casa — dijo Agripa mientras se trenzaba el cabello en pequeños rizos, simultáneamente colocados según la usanza siria. Luego que estuvo vestido echóse de bruces en su lecho portátil, para saborear voluptuosamente la reacción del baño. Efraim, entretanto, se retiró a descansar. Las dos mujeres salieron solas a la calle. Tomaron la misma litera que las trajo y se dirigieron hacia el puerto.

—Cerca del río alquilaremos un palacete — dijo Cipro, — allí corre una brisa so-

berbia y podremos ver desde la terraza a los elegantes. Como las dos damas hebreas habían sido pervertidas en la corte pagana, contemplaron con placer una estatua de Venus que estaba mirándose en un espejo, y que era en realidad muy graciosa, con sus largas pestañas y su oyuelo de la barba. Con ella principiaba la población de estatuas que entre jarrones de bronce etrusco y macetas de hortensias se extendían hasta la gran avenida llamada de los Pórticos, cuya construcción fué terminada por Herodes el Grande, abuelo de Agripa y asesino de los niños inocentes, a quienes sacrificó con la esperanza de matar al Mesías.

—Mira — dijo Cipro, — aquellos jóvenes que no nos quitan la vista; parece que nos conocen. ¿Los recuerdas?

—No. Pero saludémoslos por si acaso — contestó Berenice dirigiéndoles una sonrisa. Luego exclamó:

—Ah, sí; son Hioroteo y Diomedes.

Los dos jóvenes así nombrados, eran dos elegantes que se acercaban vestidos con delgadas túnicas de blanquísimo hilo. Ambos se aproximaron a la litera. Hioroteo era ateniense, y estaba en Antioquia en viaje de estudio; porque era filósofo. Tenía treinta años, bellos ojos azules y cabellos rubios; pero la tez muy pálida y el aire grave de los estudiosos. Su compañero era un opulento sirio afeminado, de actitudes lánguidas y finas facciones, cuidadosamente faldas de azul.

—¡Salud, estrellas de Palestina! — dijo Diomedes. — ¡Cuánto tiempo que no os dejábais ver! ¿Dónde estábais?

—Esta mañana llegamos de Jerusalem; pronto os recibiremos en tertulia.

—¿Dónde? — preguntó el sirio haciendo sonar con su gesto los brazaletes de plata que cubrían sus brazos.

—Aún no sabemos. Pero ya nos veremos en la playa. Con que hasta la vista.

—Salud.

Las damas avanzaron lentamente seguidas de lejos por sus dos conocidos. A los pocos pasos, tuvieron que detenerse ante una multitud que se atropellaba para aproximarse a un anciano variegado y pequeño.

—¿Quién será ese? — dijo Berenice — no parece un retórico, ni un sacerdote, pues está muy pobremente vestido.

—Quizá sea algún poeta griego, de esos que recitan por las calles rapsodias de Homero.

—Bajemos para acercarnos — dijo Berenice descendiendo de la litera.

Imitóla Cipro, y entonces pudieron observar al misterioso anciano. Este, a pesar de su pequeñez, inspiraba respeto; porque una dignidad misteriosa parecía fluir de sus pro-

fundos ojos y de su noble frente.

—Salud, maestro — dijo un espectador, acercándose, — te esperábamos con ansiedad para que pongas paz entre nosotros.

—Que la paz de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros y conmigo — contestó el anciano.

—Y con todos los gentiles — agregó un joven.

—Nó; eso nó — replicó el primer espectador — con los incircuncisos nó; porque sólo nosotros, los judíos, somos los preferidos.

—Ya lo hemos sido, hijos — dijo Saulo — puesto que de nuestra sangre hebrea salió el Redentor; pero su reino tiene más vastos horizontes que la Judea. Amemos, pues, a todos en Cristo, ya sean gentiles, judíos o incircuncisos.

—Ya lo oís — dijeron los cristianos como jactándose de tener la razón. Sus adversarios iban a contestar; pero ahogó su voz el grito de los enfermos que habían estado llegando y se amontonaban en torno del Apóstol. Las madres alzaban sus niños para que los bendijera, y él lo hacía trazándoles la señal de la cruz. Al contacto de sus manos los hidrónicos se desinflaban, los mudos desenrollaban su lengua y los paralíticos se sentían dueños de sus encabritados miembros. Algunos, agradecidos, se prosternaban de rodillas ante él gritándole:

—Oh, mago, gracias.

Y como hicieron en Listria, querían tributarle honores divinos.

—¡Y de veras que salen curados! — exclamó Berenice haciendo un gesto de asombro.

—¡Qué espanto! — gritó Cipro — sintiendo un escalofrío en las espaldas — vámonos de aquí; estos son hechiceros de Egipto; pueden hacernos daño. Tienen maleficios para hacerse pasar por dioses.

—Calla, oíd al anciano — dijo Berenice poniéndose el índice sobre los labios.

—No a mí, sino a Cristo Crucificado, en cuyo nombre os doy la salud, — decía Saulo a la multitud que lo aclamaba. — Suprimid esas demostraciones. Yo no soy más que un pobre hombre. ¿No véis que yo estoy enfermo y no puedo curarme? Creedme. Yo por mí soy un aborto, indigno de ser neófito; pero la caridad de Cristo me ha elegido, a mí, enfermo, para ser vuestro médico.

La humildad de esas palabras contrastaba con la potencia de sus manos que realizaban curaciones.

—Ya véis que no se hace pasar por Dios — dijo Berenice a su cuñada.

—¡Ah! ¿Estáis aquí? — exclamó Diomedes, que acababa de oír hablar a Berenice y se acercaba a saludarla.

—¿Qué os parece esto? — le preguntó. — ¿Habéis visto nunca un tipo más extraño?

—Jamás — contestó la hebrea, — pero no me sorprende; la peste de los retóricos griegos y de los malos poetas se extiende ahora por todas partes.

—No es un poeta ese viejo — observó Cipro. — Estas son cosas propias de Siria, que está llena de extravagancias.

—Pues a mí me parece muy sensato y muy bello todo lo que dice ese viejo — confesó Hioroteo.

—No son cosas de Siria — observó Diómedes — son cosas de Palestina; porque ese viejo es judío.

—¡Ah! ¿Es judío? Entonces ha de ser uno de esos agitadores perversos a quienes llaman cristianos o nazarenos — explicó Cipro.

—Justamente; así he oído que los llaman — observó Hioroteo — he escuchado otras veces a ese anciano, y os confieso que no es un hombre cualquiera. Sus ideas son extrañas; pero envuelven no sé qué anhelos de justicia; y luego, esas prodigiosas curaciones en medio de tanta sencillez...

—Todo es pura ficción — dijo Diómedes. — Es como en el teatro. — Hombres sanos que se fingen enfermos; puro artificio para ganar plata.

—Oye; parece que te ha oído, desde tan lejos; ya clavado la vista en nosotros.

En efecto, el agitador hebreo los miró; y su semblante se veló con nubes de tristeza. Su mirada era tan brillante de inteligencia que toda su indigencia física se iluminaba de belleza moral.

—Invitalo, Padre mío, que vaya a hospedarse a nuestra casa — dijo una voz timbrada detrás de Hioroteo.

—Estoy esperando que termine de hablar para invitarlo — contestó otra voz robusta.

Volvió Hioroteo la cabeza, y sus miradas se fijaron en un hombre vigoroso, de edad madura, y de aspecto grave, cuya recia musculatura y erguida actitud acusaban al soldado. En su brazo hercúleo se apoyaba una doncella. Y el filósofo que solía ver con glacial indiferencia a todas las mujeres, se quedó súbitamente inmóvil, dominado por la admiración. Una belleza nueva para él, que no había visto ni en las estatuas, ni en las damas, se presentaba ante su vista.

CAPÍTULO X

La joven que así había turbado al filósofo era Aídee, la hija de Rubrio, el fabricante de vasos y militar romano. Este hombre era el antiguo soldado que junto con Artemio, había sido en otro tiempo sobornado por Caifás para que sirviera de testigo falso contra Jesús de Nazaret, pero ha-

cia pocos años se había convertido al cristianismo, excitado por el ardor apostólico de su hija. Como entonces se había enriquecido con las joyas recogidas en un naufragio, además de lo que le produjo su afortunada expedición contra los partos y de su sueldo de decurión en Siria, había resuelto distribuir sus bienes entre los pobres y dedicarse a predicar el Evangelio en Atenas. Pero esa difícil empresa estaba reservada a Saulo. Rubrio era más hábil para soldado que para polemista. Podía confesar con sencillez su fe y morir por ella; pero carecía del estudio de las Escrituras y de la facilidad de palabra que necesita el apóstol. El, tan diestro en los pugilatos particulares o lances de la guerra, se sentía impotente para aquel nuevo género de lucha, puramente verbal, contra los sutiles errores de Atenas. Podía mandar con impetu a una legión; pero no sabía insinuarse con gracia en una disputa, ni expresarse con elocuencia en una arenga como lo hacía Saulo. Al tratar de conquistar prosélitos entre los atenienses, Rubrio se encolerizaba fácilmente contra sus oyentes; y a pesar suyo, renacia en él el antiguo militar autoritario y violento. Una vez, en la Agora, censuró el afeminamiento de los griegos y la farsa de los filósofos que pretendían enseñar la verdad, cuidando más de la elegancia de sus mantos que de la lógica de sus razonamientos. Los atenienses, burlescos y satíricos, le pidieron que explicara su doctrina, y él anunció la del Profeta con voz vibrante; pero enredándose en sus mismas frases, repitiéndose, y haciendo tan desordenados gestos, que provocó la hilaridad de aquel auditorio insolente, habituado a silbar a los retóricos. Las risas y los gritos lo exacerbaron y su predicación se convirtió en una diatriba contra los atenienses. Estos silbaban, cuchicheaban, se reían en sus narices con sonoras carcajadas. Entonces, de las profundidades de la herencia resurgió en Rubrio, el lobo romano, el conquistador soberbio de los pueblos vencidos por las legiones. De un salto se bajó de las gradas a donde había subido para hablar, y la emprendió a golpes y reveses contra sus contrincantes. A la vista de aquella multitud sensual, de aquella gradería de la Agora que le recordaba el circo romano, donde tantas veces había visto estrangularse a los gladiadores, sintió un impulso irresistible de lucha y derribó a puñetazos a los más cercanos. Los tímidos atenienses huyeron despavoridos y él salió vencedor; pero no como predicador del Evangelio, sino como el más bruto de los gladiadores. Momentos después, cuando él se calmó, pidió perdón a la multitud, y se retiró cabizbajo y taciturno, como un derrotado, dejando al público sorpren-

dido. A consecuencia de su fracaso, Rubrio resolvió dejar aquel campo de Atenas para otros cristianos mejor preparados y fué a reunirse con Saulo y Bernabé que estaban en la capital de Siria. Felizmente no se había desprendido de toda su fortuna. Con el resto que de ella conservaba, se embarcó para Antioquia. Allí estableció una fábrica de vasos de arcilla, en la cual podía ocupar muchos obreros, teniendo así oportunidad de convertirlos. En ese estado se sentía feliz, sobre todo cuando podía dar albergue a Saulo, a quien estimaba profundamente, quizá porque el noble carácter del agitador tenía tantas semejanzas con el suyo. Tal era el padre de la doncella a quien, por largo rato, estuvo contemplando Hioroteo, mientras Saulo predicaba a la multitud. No pudiendo contener su curiosidad, el filósofo le preguntó a Diomedes:

—Por la adorable Venus, ¿has visto qué rostro?

—¿Cuál? ¿El de esa rubia que está detrás?

—Sí, — afirmó el ateniense con entusiasmo.

—Ya veo que sus mejillas forman un óvalo perfecto — contestó tranquilamente Diomedes.

—¿Y qué ojos!

—Luminosos y azules como el cielo de Atenas.

—¿Y qué boca!

—Un prodigio de dibujo y de frescura. Si Venus la viera se pondría amarilla de envidia. Sólo en Tesalia hay bocas así. Debe ser de allí.

—No creo que sea griega, fijate en la túnica — dijo Diomedes.

—Bastante tosca, no debe tener gran gusto estético.

—Debe ser judía.

—¿Por qué lo crees?

—Porque le ha dicho a su padre que invite a su casa a ese mago hebreo.

—Pero ¿ese es su padre? Yo lo tomaba por un romano.

—Psh... Calla. Oigamos lo que hablan.

Ambos amigos quedaron observando la extraña belleza de Aídee que resplandecía bajo su modesta túnica de lana.

—Pero no te forjes ilusiones — dijo Rubrio a su hija, — son muchos los que se disputan el honor de invitarlo.

—Sin duda. Pero ¿quién lo ama más que nosotros?

—No seas vanidosa; todos los cristianos lo aman y quizá él prefiera ser hospedado por los pobres a quienes principalmente es dirigido el Evangelio.

—Pero él sabe que si somos ricos es porque el mismo lo ha querido.

—Tienes razón. El nos ha prohibido ser pobres contra nuestro deseo, a fin de que administremos nuestra fortuna en provecho de los enfermos.

—Qué extrañas ideas expresa esta gente — se dijo Hioroteo, que no perdía una palabra del diálogo.

Luego se fijó en el auditorio del anciano. Jamás había visto una multitud más híbrida, ni más extravagante. Por primera vez veía juntos y suspensos de los labios de un mismo orador a ricos y pobres, a doncellas cándidas como niños y a libertinos escépticos y astutos.

—Vámonos de aquí — dijo Cipro tomando del brazo a su cuñada que parecía profundamente conmovida; — esto te hace daño: eres débil y te marean estas cosas.

—Sí, vámonos; tengo miedo; me parece que ese es uno de nuestros profetas hebreos, intérpretes de Jehová, que atemorizaban al pueblo.

—Tonta; más que tonta — dijo Cipro arrastrando detrás de ella a su cuñada.

Las dos hebreas salieron precipitadamente de entre los espectadores que levantaban un murmullo ensordecedor.

Un criado, que se llamaba Eutiques, iba a retirarse, cuando fué detenido por Hioroteo. Al ver al filósofo exclamó el joven:

—¿Vos aquí, señor?

—Y tú, ¿qué novedad es esta? ¿Desde cuándo estás aquí? — le interrogó Hioroteo acariando familiarmente la cabeza mano del muchacho.

—Desde hace un mes.

—Ya sé que murió tu madre; pero tú debiste quedarte en Atenas, esperando noticias mías.

—Tú sabes, señor, que los atenienses se burlaban de mí; sólo por vos disimulaba mi fealdad; por eso me vine.

—Bueno; pues ahora volverás a servirme.

Vació Eutiques un momento, porque amaba con gratitud a su antiguo amo; pero el atractivo de Aídee le impidió aceptar esa oferta que rechazó diciendo:

—No puedo, señor; estoy comprometido con otro amo.

—¿Con cuál?

—Con ese — dijo el mozo señalando a Rubrio.

—¿Ah! — exclamó el filósofo. — Y esa doncella, ¿quién es?

—Es la hija del amo a quien sirvo.

—¿Cómo se llama ella?

—Aídee.

—Ven conmigo — ordenó el filósofo, y se llevó aparte a su antiguo criado.

CAPITULO XI

Hioroteo y Eutiques se dirigieron a la plaza del Orontes y entraron en uno de los baños donde había salas reservadas y solitarias. Los consumidores y clientes tomaban allí refrescos, meciéndose en grandes columpios bajo inmensos quitasoles clavados en el suelo. El filósofo y su criado hablaron largamente, no como personas de jerarquía diferente, sino como íntimos amigos. Eutiques no sería hoy un joven que llamara la atención por su físico desagradable; pero en aquella época y en Atenas, donde había nacido, era considerado como un ser deforme, solamente porque era muy delgado, con la tez manchada, los ojos grises muy pequeños y la boca excesivamente ancha. Ese defecto físico, que era un crimen en Grecia, lo había hecho demasiado humilde y vergonzoso. A los diez años, Eutiques, con su madre, que había quedado viuda, entró al servicio de Hioroteo, en Atenas. Este joven filósofo, vivía consagrado a los estudios, sin derrochar sus grandes riquezas y sin más diversiones que pintar ánforas en sus ratos de ocio y tocar la flauta y el cistro. El niño Eutiques aprendió, viendo a su amo, a pintar cráteras y a soplar, melodiosamente, una caña hueca. En aquella morada halló él un poco de paz; porque, vivía escondido sin exponerse a la mirada insolente y burlona de los demás muchachos, quienes, apenas lo veían, lo perseguían con risas y con insultos. Absorto en sus estudios de filosofía, Hioroteo jamás se fijó en la fealdad de su criado o si la advirtió la olvidó pronto, distraído por sus elevadas especulaciones. Así vivieron los dos solitarios — el uno por su fealdad y el otro por su amor al estudio, — en muy buena armonía. A veces conversaban en aquella lengua dulcísima ateniense, que Hioroteo dominaba tan bien, que pasaba por uno de los mejores retóricos del Aréopago. Mas él desdénaba esa celebridad, y rara vez se dignaba hablar en público. Con tan buen amo pasaron para Eutiques cuatro años mansos y dulces, hasta que el insaciable afán de estudiar impulsó al sabio a viajar por la India, Antioquia y Egipto. La madre de Eutiques quedó al cuidado de la rica mansión que Hioroteo poseía en Atenas; y al poco tiempo murió esa humilde mujer. Entonces el pobre huérfano sufrió un calvario con sus nuevos amos, quienes lo despreciaron por su infeliz aspecto. Un día oyó decir que la ciudad de Antioquia estaba llena de negros asiáticos, de horribles rostros, y se resolvió a trasladarse allí, con la esperanza de que su fealdad fuera menos notada.

El día que desembarcó en esa capital, la suerte dirigió sus pasos hacia la tienda de

Rubrio. Aunque el romano no lo necesitaba, lo aceptó como obrero, con la esperanza de obtener un nuevo afiliado al cristianismo. Pronto demostró Eutiques sus habilidades para trazar dibujos en las ánforas y vasos. Desde el primer día que lo vio quedó Aídee sorprendida, como todos, por su fealdad. A causa de ese defecto físico sintió por él una gran piedad que la movió a hablarle con particular dulzura. El joven griego, habituado al desprecio y a la burla de sus semejantes, se extrañó agradablemente de que la hija de su patrón le hablara con tanta cordialidad y llaneza. Entonces por primera vez la vida se le hizo grata al infeliz ateniense. Dejó las libaciones de vino, en cuya ebriedad había buscado momentáneo olvido a su infortunio, y se alejó de su mente la lúgubre idea de suicidarse que lo asediaba desde la infancia. Por eso, cuando a la tarde volvía a su tugurio, se escondía entre las adelfas de un solar baldío y allí permanecía largas horas, con la mirada perdida en el espacio.

—“Ah, qué triste sería para mí que Aídee se casara — se decía Eutiques a solas; — pero esa es una hipótesis absurda; porque ¿quién sería digno de ella?; Ninguno! Ella es única en Siria, ¿qué digo en Siria? En Atenas y en todo el mundo. Sin embargo, temo por ese Jesús, a quien ella nombra con tanto respeto. ¡Ay! quisiera ignorarlo; pero el corazón oprimido me dice que ella lo ama. ¿Quién será? Sin duda uno de esos bellos judíos, sus compatriotas”.

Tal era el efecto que había producido en el joven griego la inocente piedad de Aídee que solía orar ante un retrato del Profeta de Nazaret pintado por San Lucas. Ella le había escuchado al mozo, con caritativo interés la relación de sus desgracias, y se había propuesto poner el bálsamo de sus consuelos en aquella alma ulcerada, ignorando que así atizaba la pasión naciente de aquel infeliz. De todo eso que Eutiques había sentido le refirió una parte a Hioroteo, ocultando, por vergüenza, que estaba enamorado de Aídee; pero el filósofo, habituado a sondear las almas en sus estudios, conoció al momento los amores en que su criado ardía. Reflexionando que si él mostraba interés por la joven, no le serviría Eutiques como él deseaba, se fingió indiferente respecto de ella y simuló un gran interés por conocer la religión cristiana que Aídee y su padre profesaban.

—Tengo interés — le dijo al terminar su diálogo, — en tratar de cerca a los cristianos, para estudiar esa nueva superstición; pero para hacerlo desearía hablar con ese mago a quien llaman Saulo. ¿Crees que él vaya a visitarlos?

—Creo que sí — contestó el mozo. — He oído decir que él suele quedarse con ellos siempre que viene a Antioquía.

—Pues bien: introdúceme en esa casa.

—Pero ¿con qué pretexto?

—Di que siento deseo de hacerme neófito.

—Te recomendaré a Aídee. ¿A dónde te llevo la contestación?

—A casa de Diomedes; yo vivo con él, en la casa blanca que está en frente del circo.

Eutiques, después de recibir un disco de oro que le obsequió el filósofo, se despidió de él, mientras que su antiguo amo, se paseó todavía unos minutos, contemplando el panorama del río en su esplendor nocturno; pero en vez de fijarse en los minaretes de los palacios o en la proa de las galeras ancladas en el puerto, alzó la vista hacia la atmósfera azul en que su imaginación le hizo ver perfilados los divinos rasgos de Aídee.

CAJITULO XII

El agente secreto de Caifás, el astuto tímido y avaro Artemio, al día siguiente de haber llegado a Antioquia, se dirigió a la morada de Rubrio; pero este militar romano no estaba en casa; porque se había ido con Saulo para Efeso. Lo recibió, pues, solamente Aídee. Hacía seis años que Artemio había hablado en Betsaida con esta doncella, en casa de Magdalena, por lo cual ninguno de ellos se reconoció en aquel momento.

—¡Que la paz sea con vosotros! — dijo el corinto entrando en el taller y besando a los obreros en la mejilla.

—Y contigo en unión con nuestro Dios Jesucristo — dijo Aídee, levantándose, mientras los obreros inclinaban sus cabezas con las manos cruzadas sobre sus túnicas de lana.

—El diácono — dijo Artemio, — me ha indicado esta casa para hospedarme, diciéndome que sois cristianos.

—Y os ha dicho la verdad — contestó la joven, — mi padre está ausente; pero ha dado orden de que se reciba en su ausencia a los peregrinos que nos mande el diácono; sin duda estáis fatigado y necesitáis descansar.

—Lo que más necesito es beber algún líquido; tengo seco el galillo de predicar el Evangelio — dijo el corinto con su cinismo habitual.

—Esperad un momento y seréis satisfecho; os entretendréis mirando trabajar a los obreros — dijo Aídee retirándose a preparar algún alimento.

Entretanto, un criado, por orden de ella, le lavó los pies al visitante.

Los obreros, que eran casi todos cando-

rosos cristianos, lo miraban con respeto y continuaban en apacible silencio su trabajo. Detúvose él luego a contemplarlos, y sus ojos se fijaron en un joven que no había rezado como los demás, al principiar la faena, y cuya fisonomía era de una fealdad extraordinaria.

—Este hombre — se dijo Artemio, — tiene cara de pícaro redomado; por lo menos es ladrón; puede servirme de espía y de agente de Caifás.

En seguida se aproximó a él y le preguntó dulcemente:

—Dime, hijo mío, ¿eres judío?

—No; soy griego — contestó el interpelado ruborizándose y bajando los ojos con gesto taimado.

—¿Cómo te llamas?

—Eutiques.

—¡Hermoso nombre! He visto, que no has rezado; sin duda una distracción — insinuó el embustero y locuaz corinto.

—Sólo rezo ante las estatuas de mi patria.

—¿No eres, pues, cristiano?

—No, — contestó el mozo desconcertado por su vergüenza.

—¿Hace tiempo que estás aquí?

—Ocho días solamente.

—Sigue, hijo mío, en tu trabajo y que Dios te bendiga — dijo Artemio retirándose sin turbar el silencio; pero sin dejar de observar al joven obrero.

Indudablemente — se dijo el corintio — debe tener vicios y se dejará sobornar por oro. Procuraré visitarlo y seducirlo para que me cuente lo que aquí habla Saulo.

Pero de pronto aquel repulsivo rostro se iluminó con un matiz de púrpura.

Artemio buscó la causa de esa emoción y vió entrar a Aídee que le traía a él un vaso de vino.

Mientras tomaba el vino, con voluptuosa lentitud, todos los obreros alzaron la cabeza y contemplaron con simpatía a la bella inspectora de su trabajo. Ella habló afectuosamente con los empleados de uno y otro sexo que trabajaban juntos y solían expansionarse con gran libertad. Tal promiscuidad no era entonces peligrosa; porque el recuerdo amoroso y constante del Redentor purificaba todos los pensamientos. La doncella se acercó al puesto de Eutiques, diciéndole:

—Salud, Eutiques; mostradme vuestro trabajo.

El joven, ocultando su feo semblante de los hermosos ojos de Aídee le mostró una ánfora de barro.

—¡Qué dibujos tan bonitos! — exclamó ella. — ¿Son lotes?

—Sí.